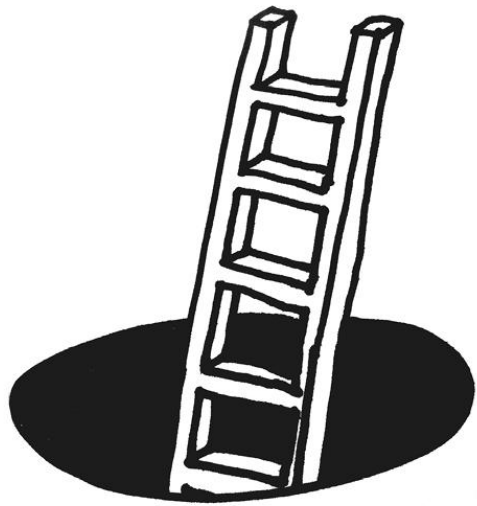
Carlos Taibo

¿Tomar el poder o construir la sociedad desde abajo?

UN MANUAL PARA ASALTAR LOS INFIERNOS

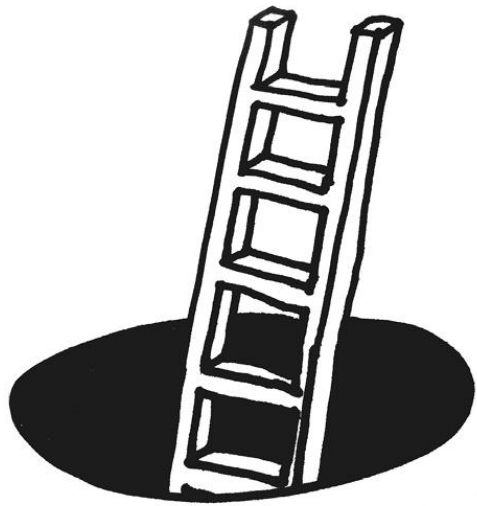


CATARATA

Carlos Taibo

¿Tomar el poder o construir la sociedad desde abajo?

UN MANUAL PARA ASALTAR LOS INFIERNOS

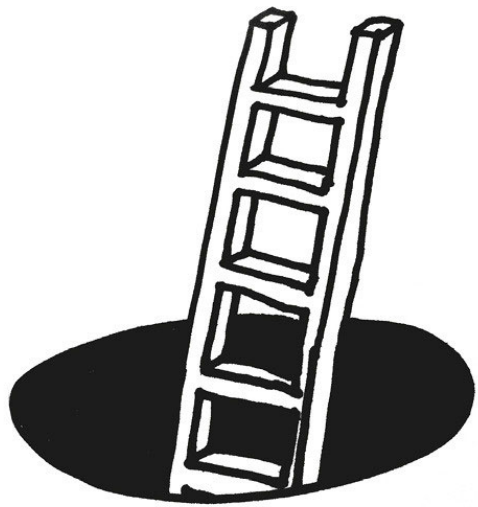


CATARATA

Carlos Taibo

¿Tomar el poder o construir la sociedad desde abajo?

UN MANUAL PARA ASALTAR LOS INFIERNOS



CATARATA

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1. UNA IDEOLOGÍA DEL FUTURO

CAPÍTULO 2. ANARQUISTAS Y LIBERTARIOS

CAPÍTULO 3. SOBRE LA DEMOCRACIA

CAPÍTULO 4. CONTRA EL CAPITALISMO

CAPÍTULO 5. FRENTE AL ESTADO

CAPÍTULO 6. SOCIALDEMOCRACIA, LENINISMO, MODELOS LATINOAMERICANOS

CAPÍTULO 7. GANEMOS, PODEMOS

CAPÍTULO 8. ESTADO Y AUTOGESTIÓN

CAPÍTULO 9. DECRECER, DESURBANIZAR, DESTECNOLOGIZAR, DESPATRIARCALIZAR, DESCOMPLEJIZAR

CAPÍTULO 10. LAS CRISIS

CAPÍTULO 11. EL COLAPSO

CAPÍTULO 12. POR UNA NUEVA ORGANIZACIÓN LIBERTARIA

CAPÍTULO 13. LA PROPAGANDA POR EL HECHO. CONTRA EL REALISMO MISERABLE

BIBLIOGRAFÍA

Hitos

Cover

Página de título

Página de copyright

Prólogo

Bibliografía

Índice de contenido

Carlos Taibo

profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. En 2010 publicó Libertari@s. Antología de anarquistas y afines para uso de las generaciones jóvenes (Del Lince, Barcelona) y en 2013 entregó a la imprenta Repensar la anarquía. Acción directa, autogestión, autonomía (Los Libros de la Catarata, Madrid).

Carlos Taibo

¿Tomar el poder o construir la sociedad desde abajo?

Un manual para asaltar los infiernos

diseño DE cubierta: estudio pérez-enciso

© Carlos Taibo, 2015

© Los libros de la Catarata, 2015

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax 91 532 43 34

www.catarata.org

¿Tomar el poder o construir la sociedad desde abajo?

Un manual para asaltar los infiernos

isbne: 978-84-1067-289-5

ISBN: 978-84-9097-017-1

DEPÓSITO LEGAL: M-31.022-2015

iBIC: JPFB

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto. Siempre habrá de constar el nombre del autor.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo se podrán alterar con el permiso expreso del autor. Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http:// creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta.

Considero que el anarquismo es la más hermosa y práctica filosofía nunca concebida, tanto en su aplicación a la expresión individual como en la relación que establece entre el individuo y la sociedad. Además, estoy tan segura de que el anarquismo es tan vital y se halla tan cerca de la naturaleza humana que nunca morirá. Estoy convencida de que la dictadura, sea de derechas o de izquierdas, nunca funcionará, como nunca ha funcionado, y de que el tiempo demostrará esto de nuevo, como lo ha demostrado ya. Cuando el fracaso de la dictadura moderna y de las filosofías autoritarias se hace más evidente y la conciencia de ese fracaso se hace más general, hay que reivindicar el anarquismo. Considerado desde este punto de vista, el renacimiento de las ideas anarquistas es muy probable en el futuro próximo.

Emma Goldman

Prólogo

Varios amigos me han sugerido insistentemente que ponga por escrito el contenido de una conferencia que tuve la oportunidad de desarrollar en Córdoba, en el centro social okupado Rey Heredia, el 5 de noviembre de 2014. He sucumbido al cabo a su petición y aquí se halla, reconvertida en este texto, la trama fundamental de esa disertación que, organizada por la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT, llevó por título "¿Tomar el poder o construir la sociedad desde abajo?".

Obligado estoy a subrayar que la charla en cuestión algo tuvo de singular, toda vez que unos pocos meses antes había estado en la misma ciudad, y en el mismo lugar, para hablar de una materia muy similar. Los compañeros que organizaron la conferencia del 5 de noviembre, los colegas de la CNT cordobesa, me sugirieron expresamente que, habida cuenta del escenario, relativamente nuevo, derivado de la aparición de opciones político-electorales de uno u otro cariz, intentase darle una vuelta a lo que había contado unos meses atrás y procurase referirme a lo que, por lo demás, estaba en muchas conversaciones: la irrupción de lo que genéricamente llamaré los "Ganemos" y el significado correspondiente a la apuesta que acarrea Podemos.

Debo aclarar que a ello se debió que, en la charla en cuestión, me ocupase de forma expresa de los diferentes "Ganemos" y de Podemos, algo que hasta entonces no había hecho en momento alguno. A lo más que había llegado había sido a responder a preguntas relativas a una y otra opción con ocasión de los debates que siguen a intervenciones públicas en muy diferentes lugares. Y es que a mi entender es mucho más interesante, e inteligente, explicar aquello en lo que uno cree que afrontar en lugar prioritario una crítica de lo que proponen los demás. Quede claro, sin embargo, que esta última, la crítica, es —faltaría más— un horizonte legítimo, tanto más cuanto que a menudo a las personas sobre las que recae, y ésta parece ser una señal de los tiempos, se les ocurre

que lo que preconizan y hacen es ontológicamente incuestionable. No sólo eso: con frecuencia estiman que quien plantea un horizonte diferente, o bien forma parte de una casta infame, o bien es un imbécil patológico, o bien hace gala de un contrarrevolucionarismo recalcitrante. Un retrato de la condición de estos amigos, y una consideración más general de lo que yo interpreto que significa, en singular, Podemos, lo encontrará el lector en el capítulo que escribí para un libro colectivo sobre esa organización, dirigido por Estela Mateo y publicado en esta misma editorial. Pero, y vuelvo a la primacía de lo propositivo, acaso no está de más que subraye que en este terreno los problemas no faltan siquiera con los colegas libertarios. Recuerdo que no hace mucho, y en un foro en Facebook, alguien adujo que yo bien me cuidaba de cuestionar la institución Estado. Al margen de que la observación es injusta —a los hechos me remito—, replicaré que desde mi punto de vista quien defiende la democracia directa, la acción también directa y la autogestión —tal es mi caso— ilustra de manera mucho más cabal su posición ante el Estado que quien dedica el grueso de su tiempo a contestar monotemáticamente éste (con frecuencia en detrimento, por cierto, de una contestación paralela del capitalismo y sus miserias).

Creo que éste es el momento adecuado para señalar que, aunque me gustan poco las presentaciones de libros —en el mejor de los casos las acepto a regañadientes—, en cierto sentido mi charla de Córdoba es un resumen de los conceptos manejados en Repensar la anarquía. Acción directa, autogestión, autonomía (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013). Un resumen, claro, más coloquial y divulgativo, como espero lo sea también este libro. El lector entenderá fácilmente, por lo demás, que es imposible abordar en una disertación oral de tiempo razonable el contenido entero de un texto como Repensar la anarquía. Muchas de las materias tratadas en ese libro —así, la relación entre anarquismo y cuestión nacional, la conflictiva naturaleza de los anarquismos del Sur, las carencias y virtudes de los pensadores libertarios o la percepción que éstos desplegaron en relación, por ejemplo, con las mujeres o la ecología — ni llegaron a la charla ni han llegado a este volumen.

Termino con una observación filológica que probablemente importará poco —más bien nada— al lector: el libro que tiene en sus manos no es en modo alguno una transcripción literal de la

charla cordobesa. Si me atraen poco las presentaciones de libros, menos aún me gusta contemplarme y escucharme en el espejo de Youtube; cuando, por las razones que fueren, me he visto obligado a hacerlo, siempre he interpretado que lo que cuento está lleno de imperfecciones. Subrayo esto para dejar claro que el contenido de este texto se levanta sobre la base de los apuntes que me ayudaron a sacar adelante la charla, que en este caso, y dada la singularidad de aquélla, existen. Si, por un lado, no me he dejado llevar, en ningún caso, por el designio de reproducir puntillosamente lo que dije en Córdoba, por el otro me he tomado la libertad, cuando así me lo ha parecido conveniente, de añadir unas u otras observaciones, que en su caso remiten a circunstancias posteriores a las de la propia charla. Ésta es, pues, una versión muy libre, y ampliada, de lo que intenté transmitir en la ciudad andaluza, en la otra orilla de la mezquita, en noviembre de 2014. Espero que al lector le sea de alguna utilidad.

Carlos Taibo

Capítulo 1

Una ideología del futuro

Varias veces he contado que bastantes años atrás, hallándome en compañía de dos colegas profesores de Ciencia Política, en un momento determinado se refirieron al programa de una asignatura que llevaba por título “Ideologías políticas contemporáneas”. En el transcurso de la conversación que mantenían, uno de ellos afirmó taxativamente que no correspondía incluir al anarquismo en tal programa, toda vez que el anarquismo, en su opinión, no era una ideología política contemporánea. Yo, que hasta entonces permanecía callado, me sentí en la obligación de intervenir y de darle la razón. “Es verdad lo que dices”, afirmé. “El anarquismo no es, en efecto, una ideología política contemporánea. Se trata, antes bien, de una ideología del futuro”.

Semejante percepción, la que convierte al anarquismo en una esperanza de cara al futuro, se hace por momentos evidente, al menos, a los ojos de quienes pensamos que el capitalismo se adentra a marchas forzadas en una fase de corrosión terminal que nos acerca inquietantemente al colapso. Frente a ello, nos parece obvio que una de las pocas respuestas solventes que nos quedan es la que pasa por la organización de las sociedades desde abajo, desde la autogestión, desde la democracia y la acción directas, y desde el apoyo mutuo. Aunque a muchos —y entre ellos, en lugar singular, a quienes han dado por enterradas las ideas y las prácticas libertarias — les pueda sorprender, el grueso de los conceptos y de las querencias que manejaron los clásicos del anarquismo en el siglo XIX está llamado a experimentar un renacimiento, que unas veces afectará de forma expresa a sus obras y otras, acaso las más, asumirá la forma de prácticas que, vivenciales y espontáneas, reflejarán cómo esos conceptos y querencias hunden sus raíces en la condición del ser humano desde tiempos inmemoriales.

Lo que acabo de decir tiene, a mi entender, su relieve, en la medida en que nos recuerda que existen, si así se quiere, dos anarquismos: si el primero es el de los pensadores que se revelaron a partir del XIX, el segundo es el de quienes —campesinos chinos de varios milenios atrás, rebeldes en la edad media o piratas con conciencia

social— pelearon, de forma espontánea, para forjar un mundo libre de coacciones y explotaciones.

Capítulo 2

Anarquistas y libertarios

Debo dejar claro desde el principio que la distinción terminológica que voy a proponer no me interesa tanto por el rigor de los vocablos de los que se sirve como por las realidades que pretende retratar. Dicho con otras palabras, no me importa que se discuta —me parece perfectamente legítimo— el buen sentido del significado que atribuyo a los dos adjetivos que voy a emplear: lo que me importa es que quede clara la condición de las realidades que, como acabo de señalar, se proponen describir.

Empezaré sugiriendo que en el castellano peninsular los adjetivos anarquista y libertario son sinónimos casi perfectos. Si alguien se refiere al movimiento anarquista en Andalucía está hablando, también, del movimiento libertario en Andalucía, y viceversa. Me interesa escarbar, sin embargo, en las posibilidades que se derivan del hecho de que se trate de sinónimos casi perfectos. Aunque sé que fuerzo un tanto la realidad, interpretaré que un anarquista es alguien que ha leído a Bakunin, a Kropotkin y a Malatesta, y que, mal que bien, se adhiere a las ideas correspondientes. Aunque son lecturas muy recomendables, ahora mismo me interesa más la perspectiva que se abre al calor del segundo de los adjetivos esgrimidos: consideraré que un libertario es alguien que, haya leído o no a Bakunin, a Kropotkin y a Malatesta, en su práctica cotidiana refleja un compromiso consecuente con la causa de la autogestión, del apoyo mutuo y de la democracia y de la acción directas. Ese compromiso no tiene por qué obedecer a una adhesión ideológica y doctrinal: a menudo nace, sin más, de una experiencia vivencial traducida en una conciencia espontánea de lo que significan la jerarquía y las separaciones en organizaciones que presumen de su condición emancipadora. Tengo la firme convicción de que en los últimos años, entre nosotros, se ha registrado un visible auge de las prácticas libertarias, no siempre acompañado, en cambio, aunque tampoco sugeriré lo contrario, de un crecimiento paralelo de las organizaciones identitariamente anarquistas.

Intentaré reformular lo anterior de la mano del recordatorio de una circunstancia personal. Hace varios años, en enero de 2011, difundí

por la Red un texto que reclamaba la configuración de una nueva y horizontalísima organización libertaria. En más de un sentido ese texto respondía a una reflexión sobre el lugar en el que trabajo: la Universidad Autónoma de Madrid. Si alguien me preguntase por la presencia anarquista, o libertaria, en mi universidad respondería que desde hace mucho tiempo parece haberse limitado a la actividad de un muy meritorio grupo que, en una de las facultades de Ciencias, organiza todos los años unas sugerentes jornadas a las cuales acuden —qué sé yo— varias docenas de personas. Tenía entonces, y tengo ahora, la firme convicción de que en la universidad de la que hablo la presencia correspondiente es, sin embargo, mucho más notable o, lo que es lo mismo, de que en ella hay muchos más libertarios de lo que el hecho mencionado invita a concluir. Es verdad, para decirlo todo, que unos pocos meses después de la difusión de mi texto vio la luz el movimiento del 15 de mayo, que dio afortunadamente al traste con buena parte de las presuntas virtudes de mi propuesta: aunque en el propio mundo anarquista/libertario el 15-M provocó, como es sabido, polémicas y divisiones, a mi entender, y al parecer al de muchos, era claramente preferible el horizonte de la gente común llenando de sentido a la asamblea y a la autogestión en las plazas que la perspectiva que yo al cabo proponía, que no era otra —no quiero engañarme— que la de un nuevo cenáculo libertario, por mucho que pudiese ser más abierto y sugerente que los anteriores.

No sé, para decirlo todo, si algunos de los elementos que hoy en día marcan nuestras reflexiones más inmediatas —y entre ellos el incremento, sustancial, de la represión y el hechizo que las opciones partidario/electoral/parlamentarias provoca en tantas gentes— no obligan a retomar muchos de los términos de mi propuesta primitiva, en el buen entendido de que nadie está obligado a aceptar el término libertario —tiene también, no deseo ignorarlo, su carga ideológica y en algunos casos se ve atropellado por la irrupción de los libertarians norteamericanos, individualistas ultraliberales obsesionados con la propiedad privada— que empleé años atrás para calificarla. Pero de esto ya hablaré más adelante.

Por lo demás, no hace mucho escuché en labios de una compañera un comentario que me pareció singularmente atinado. Nadie debe afirmar de sí mismo —dijo— que es anarquista, toda vez que

semejante autodescripción bien puede ser tildada, legítimamente, de presuntuosa y petulante. Dejemos que sean los demás quienes, si a bien lo tienen, echen mano de ese adjetivo para describirnos. Y procuremos al tiempo —agrego yo— desacralizar el adjetivo anarquista. Muchas veces he contado que hace cuatro décadas, en 1977, acudí al primer mitin que la CNT organizó, luego de la muerte de Franco, en lo que hoy se llama Castilla-La Mancha. Fue en Manzanares, en Ciudad Real. Recuerdo que en el autobús en el que nos trasladábamos desde Madrid escuché una conversación entre un hombre de cierta edad y un joven. El primero le preguntó al segundo: "Y tú, chaval, ¿eres anarquista?". El joven, con muy buen criterio, se limitó humildemente a responder: "Yo soy un acratilla". Hace bastante menos tiempo, y en el marco de una conversación nada solemne, me permití preguntarle a un colega si, él también, era anarquista. Me respondió escuetamente: "Bah, tengo días"…

Concluyo con una aclaración: en lo que sigue de este texto las más de las veces utilizaré indistintamente, con todo, los adjetivos anarquista y libertario como si fuesen sinónimos perfectos. Sólo en contadas ocasiones me veré obligado a especificar con claridad cuándo echo mano del significado diferenciador que acabo de anotar.

Capítulo 3

Sobre la democracia

La propuesta libertaria plantea, por necesidad, una discusión relativa a la democracia y sus manifestaciones. No sé, por cierto, si la palabra democracia no estará tan gastada que bueno sería que empezásemos a buscar otra nueva para retratar lo que defendemos. A menudo me da por pensar, por ejemplo, que cuando hablamos de democracia directa lo que reivindicamos se ve lastrado, en un grado u otro, por el descrédito que corresponde al sustantivo que inicia la expresión. Si queremos decirlo así, sucede algo semejante a lo que cabe entender que ocurre con el vocablo transición. Es bien sabido que no faltan las gentes que, de forma respetable, defienden la necesidad de sacar adelante una segunda transición. Creo yo que la primera fue tan nefasta que, si queremos proponer algo genuinamente nuevo, lo suyo sería que buscásemos, también, un término diferente para retratarlo.

Lo anterior aparte, me parece que son fáciles de enunciar los rasgos fundamentales de la crítica libertaria de lo que se suele llamar democracia liberal. Los resumo de la forma que sigue. El primero subraya que esa forma de seudodemocracia ha crecido en un escenario indeleblemente marcado por lacerantes desigualdades. No lo he dicho bien: obedece expresamente al designio de ratificar, y de mantener en el tiempo, esas desigualdades. El segundo recuerda que la democracia liberal no ha dudado en establecer interesadamente, a través de un sinfín de mecanismos, artificiales mayorías que distorsionan, con frecuencia de manera hilarante, las querencias y adhesiones de la población. En un tercer estadio, la seudodemocracia que me ocupa no acierta a ocultar que en su trastienda operan formidables corporaciones económico-financieras que son las que, a la postre, toman las decisiones importantes, en manifiesto descrédito de las instituciones supuestamente representativas. Agregaré, en suma, que cuando las cosas vienen mal dadas la democracia liberal no duda en hacer uso de la fuerza, a través de la represión que conocemos en nuestras calles o a través, y viajemos a otros lugares, de golpes de Estado e intervenciones asestados en países del Sur que tienen la desgracia de disponer de materias primas razonablemente golosas.

De la crítica libertaria de la democracia liberal se derivan consecuencias en muchos ámbitos importantes. Permítaseme que rescate dos de ellos. El primero es el que hace referencia a las elecciones y su trama. Aceptaré de buen grado que en el propio mundo libertario lo de las elecciones suscita lecturas vagamente diferentes. Como es bien sabido, hay muchas gentes que defienden la necesidad de desplegar fórmulas de abstención activa. Pero hay también quien estima que, no sin paradoja, lo de la abstención activa es una forma, siquiera indirecta, de participar en las elecciones, en la medida en que otorga a éstas un relieve no justificado; preferible sería, desde esta perspectiva, pasar por completo de la trama correspondiente. Hay, con todo, una posición más que plantea una discusión sugerente. Creo yo que quedó bien reflejada, hace un siglo, en un conocido artículo de Ricardo Mella que, en mi sesgada interpretación, venía a decirnos lo siguiente: nada diré, ni a favor ni en contra, si acudís a votar, porque lo que realmente me interesa saber es lo que hacéis los 364 días restantes del año. Si respetaré a quien lucha siempre y, al tiempo, acude a votar, y me sentiré muy alejado de quien no lucha nunca y se abstiene, no por ello dejaré de sentirme reconfortado, eso sí, con la postura de quienes luchan y son conscientes de las miserias que la democracia al uso ha depositado en las elecciones.

Y es que resulta sorprendente, en este orden de cosas, que muchos de quienes han acometido una crítica, a menudo frontal, de las miserias de la transición española no se hayan percatado del papel central que, en relación con ellas, desempeñan las elecciones. Y que conste que no pienso ahora en las distorsiones, evidentes, que nacen de un sistema electoral inteligentemente tramado: me refiero, antes bien, a las dramáticas consecuencias del juego de la representación y de la delegación, en la forma de una ostentosa anulación de la iniciativa popular y de los horizontes autogestionarios. Mucho me temo que en un momento como el presente, en el que el hechizo que las elecciones provocan en tantas gentes se solapa con una dramática desmovilización social y laboral —volveré sobre la cuestión—, lo suyo es que releamos con calma a Mella.

Otro terreno en el que la crítica libertaria de la democracia liberal tiene consecuencias relevantes es el que aporta la discusión, casi eterna, sobre la república. En modo alguno deseo ignorar que, por

efecto de razones históricas bien conocidas, esa discusión tiene entre nosotros dimensiones emocionales que faltan en otros escenarios. Tampoco quiero olvidar que la irrupción de una república tendría la innegable virtud de permitir que nos deshiciésemos de una institución lamentable como es la monarquía. Pero confesaré francamente que no veo muchas más virtudes en la apuesta republicana. Me limitaré a señalar al respecto algo bien conocido: Portugal, Francia e Italia son repúblicas, y no creo que su panorama político, económico o social sea ni mejor ni peor que el nuestro. En tales condiciones me parece obligado concluir que ninguno de los problemas principales que, a mi entender, tenemos que encarar —el capitalismo, la sociedad patriarcal, la jerarquización, la militarización, la burocracia, la crisis ecológica, el colapso— remite a la discusión sobre la república. Al amparo de ésta lo más sencillo es que, muy al contrario, reaparezcan la mayoría de los atrancos que hoy atenazan a sociedades como la nuestra.

Creo que es relativamente sencillo, en suma, dar cuenta de los tres grandes pilares que fundamentan la apuesta libertaria en el terreno político. Hablo de la democracia directa, de la acción también directa y, en fin, de la autogestión. La primera, la democracia directa, reclama retener en nuestras manos —merced a una reducción del tamaño de las comunidades políticas que debe ser el resultado de una activísima descentralización— una plena capacidad de decisión, en abierto rechazo de las lógicas de la delegación y de la representación. Uno de sus correlatos insorteables es, por añadidura, un rechazo paralelo de lo que significan liderazgos y personalismos. No está de más que recuerde que la mayoría —ciertamente no todas— de las corrientes que han surgido del pensamiento de Marx se vinculan con el nombre de personas precisas: hablamos, así, de marxismo, de leninismo, de trotskismo, de estalinismo, de luxemburguismo, de maoísmo, de castrismo o de guevarismo. Es ésta una práctica afortunadamente desconocida en el mundo libertario. Si bien es verdad que en el siglo XIX se hablaba de los “bakuninistas”, no es menos cierto que el término fue ideado por los detractores de éstos, y no por los anarquistas del momento. Creo, en este mismo terreno, que si yo me definiese ahora como un “anarquista kropotkiniano” la mayoría de quienes me escuchan quedaría a dos velas en lo que respecta al

significado de semejante pronunciamiento. Repito que en el mundo libertario, y por fortuna, nos hemos alejado siempre de los personalismos y, también, de los pensadores canónicos que habrían sentado cátedra.

El rechazo de líderes y dirigentes se asienta ante todo en la certeza de que, si queremos construir una sociedad de hombres y mujeres libres, lo último que debemos hacer es reproducir las reglas de la jerarquía y la separación, que están en el origen de lo que nos proponemos combatir. Pero, esto al margen, hay que preguntarse por la condición de los líderes que las reglas del juego del sistema, tan premeditada como interesadamente, nos proponen: ¿son acaso preferibles al común de los mortales? ¿Exhiben cualidades morales superiores a las que muestran aquéllos a los que dirigen? ¿Tienen conocimientos mayores que los que arrastran quienes quedan por debajo? ¿Han hecho algo sustancioso encaminado a acrecentar el espíritu crítico de sus subordinados y a invitar a éstos a cuestionar libremente, en su caso, jerarquías y separaciones? El hecho de que algunos de esos líderes "tengan buen aspecto" o "hablen bien", ¿nos dice algo de interés, más allá de la mercadotecnia política, sobre la hondura y la justicia de sus compromisos? ¿Cómo hay que valorar, en este orden de cosas, la condición de personas que llevan muchos años sin trabajar fuera de la política al uso o que han forjado su prestigio al calor de las miserias que rodean a las tertulias de televisión? ¿No somos víctimas de una sociedad del espectáculo que arrincona los debates genuinos de ideas y los compromisos sólidos en la vida cotidiana en provecho de la escenificación de virtudes impostadas que esconden una mezcla lamentable de vanidad, de inmodestia y de primacía de los intereses privados?

Me he referido, en segundo lugar, a la acción directa. Esta última remite a una forma de intervenir en la realidad que implica que retenemos en todo momento y lugar una plena capacidad de decisión y de control sobre lo que hacemos, de tal manera que no precisamos de instancias intermedias que piensen por nosotros y nos digan lo que corresponde asumir como propio en cada circunstancia. Cierto es que otro de los rasgos de la acción directa es el que reivindica una estrecha relación entre los medios que desplegamos y los objetivos que deseamos alcanzar. ¿Cómo habríamos de articular una sociedad igualitaria si, para alcanzarla,

hacemos uso de medios que, en los más diferentes terrenos, nada tienen de igualitarios?

El tercer, y último, pilar es la autogestión, que perfila un modelo de organización y de sociedad en el que, sin jerarquías ni separaciones, sin empresarios ni emprendedores, y de la mano de la propiedad común, decidimos colectivamente lo que tenemos que hacer. Aunque la palabra autogestión es de introducción relativamente reciente —parece que se expandió al calor del mayo francés de 1968—, el concepto tiene sus años. Su ascendiente es fácil de comprobar, por ejemplo, en las resoluciones aprobadas por los diferentes congresos de la CNT celebrados con anterioridad a la guerra civil. Esas resoluciones, como el grueso de las apuestas libertarias, conciben una sociedad autoorganizada desde abajo, con núcleos autogestionados que, lejos de operar como islotes separados, se federan y atienden al propósito de satisfacer, mancomunadamente, las necesidades de la población, y no al de acumular beneficios sin límite. Lo habitual es, por lo demás, que relacionemos la palabra autogestión con el mundo del trabajo. Si ningún motivo hay para rechazar esa identificación, conviene que subrayemos que tampoco lo hay para circunscribir a ese mundo el proyecto correspondiente: es lícito imaginar el despliegue de prácticas autogestionarias en todos los órdenes de la vida.

Se impone recordar, en fin, que éste es un lugar en el que, antes de 1936, la cultura y las prácticas autogestionarias fueron singularmente fuertes. El que más y el que menos ha escuchado hablar de las colectivizaciones libertarias en el campo aragonés, o en la industria catalana, durante la guerra civil. Pues bien: conviene subrayar que el adjetivo libertario aplicado a esas colectivizaciones no es acaso el más adecuado. Y es que a esas instancias se sumaron muchos miembros de la UGT, la Unión General de Trabajadores, socialista, algo que me interesa remarcar a efectos de confirmar que la cultura y las prácticas autogestionarias rompían felizmente las fronteras del propio mundo libertario. Obligados estamos a preguntarnos qué ha quedado de todo ello ochenta años después. Permítaseme que, para responder, eche mano de la ironía: los dos sindicatos mayoritarios de estas horas, Comisiones Obreras y la propia UGT, con centenares de miles de afiliados y recursos razonablemente importantes, no han sido capaces de sacar adelante

otro proyecto autogestionario que el concretado en una modestísima agencia de viajes… Mucho me temo que éste es, por sí solo, un retrato cabal del derrotero de un movimiento obrero que merecía mejor suerte.

Capítulo 4

Contra el capitalismo

Pero la propuesta libertaria tiene que plantear también, inexorablemente, una discusión sobre el capitalismo. Tiene que ser, para decirlo mejor, orgullosamente anticapitalista. Creo que lo he anotado bien: no puede contentarse con ser meramente antineoliberal, sino que tiene que ser forzosamente anticapitalista. No es lo mismo lo uno que lo otro: puede contestarse el neoliberalismo por entender que es una versión extrema e indeseable del capitalismo, al tiempo que se acepta, sin embargo, la lógica de fondo de este último. O pueden contestarse por igual —creo que ésta es, por lógica, la posición libertaria— el neoliberalismo y el capitalismo. La izquierda que vive en las instituciones acostumbra a ser meramente antineoliberal. A sus ojos el capitalismo se antoja el aire en que nos movemos, de tal suerte que lo que se impone es, sin más, regresar al año 2007, antes del estallido de la crisis financiera, para reconstruir nuestros maravillosos Estados del bienestar. Lo he dicho mil veces: nuestro objetivo no puede estribar en salir, sin más, de la crisis. Tenemos que salir, con urgencia, y por muchos motivos, del capitalismo.

Conviene que, en lo que se refiere a la disputa anterior, subraye que hay dos diagnósticos diferentes sobre la crisis en la que estamos inmersos desde hace años. El primero, visiblemente cortoplacista, entiende que el capitalismo tiene cuerda para rato, postula la reconstrucción de los Estados del bienestar y de la regulación, sigue creyendo en las leyes y en el sindicalismo de pacto, y ninguna atención mayor presta a la crisis ecológica y a sus inquietantes consecuencias. El segundo, por su parte, considera que las señales de corrosión terminal en el capitalismo son muy poderosas, propone que prestemos atención simultánea a las luchas sociales y a las ecológicas, descree de las presuntas virtudes que acompañarían al crecimiento y al consumo, propugna la autogestión al tiempo que discute el orden de la propiedad imperante, y nos invita, al cabo, a salir de la senda del trabajo asalariado y de la mercancía cuanto antes.

Buena parte de las disputas que remiten a la contestación del

capitalismo se refieren, ciertamente, a la lucha de clases. Quienes sostienen que esta última es un prescindible artefacto, propio del pasado, bien harían en echarle una ojeada a las políticas que abrazan los gobiernos españoles, ejemplo cabal de lo que significa la lucha de clases articulada desde arriba. Por lo que se refiere a la que viene de abajo, sabido es que muchas de las polémicas de las últimas décadas tienen como fuente principal lo ocurrido con la clase obrera o, de forma más general, y más nebulosa, con la clase trabajadora. Me limitaré en este caso a aconsejar que huyamos de dos tentaciones omnipresentes. La primera sugiere que la clase obrera no existe ya, de tal suerte que no tiene sentido imaginar ningún proyecto de futuro llamado a levantarse sobre sus cenizas. La realidad es, afortunadamente, más compleja, de tal forma que cualquier propuesta que deje de lado el mundo del trabajo asalariado, el de la mercancía y el de la explotación estará entregando al enemigo activos importantísimos. La segunda de las tentaciones afirma, antes bien, que la clase obrera no ha cambiado un ápice con el paso del tiempo y es en sustancia el mismo grupo humano que hace un siglo protagonizó orgullosos combates en la lucha contra la ignominia del capitalismo. Salta a la vista que, de nuevo, la realidad desmiente esta intuición: bastará con recordar al respecto la progresiva aceptación del juego del sistema que afecta a segmentos enteros de ese grupo humano que estaba llamado a subvertir todas las reglas de éste. Aunque esta segunda perspectiva me gusta tan poco como la primera, no tengo mayor problema en aceptar que en muchos terrenos asistimos a una reaparición de opresiones laborales que recuerdan muy mucho a un pasado que parecía definitivamente enterrado. Y en tal sentido se antoja razonable augurar que, para hacer frente a esas opresiones, cada vez son mayores los estímulos para un sindicalismo de combate que dé al traste con las miserias que acompañan al sindicalismo de pacto que hoy nos atenaza.

Bueno será que recuerde que históricamente una de las mayores, acaso la mayor, concreciones orgánicas de la propuesta anticapitalista en el mundo libertario la ha aportado el anarcosindicalismo. No quiero dejar escapar la oportunidad de recordar, ahora que hablo de concreciones orgánicas, que esta estimulante figura intelectual que es el ministro del Interior español, Jorge Fernández Díaz, se permitió afirmar, meses atrás,

que había sido desactivado un grupo anarquista "sorprendentemente bien organizado". Este buen señor debería tomarse la molestia de leer algún manual de teoría política. De hacerlo, probablemente descubriría, acaso con sorpresa, que los anarquistas no están en modo alguno contra la organización. Lo que rechazan, harina de otro costal, son las formas coactivas de organización. ¿Alguien piensa en serio que la CNT de la década de 1930 era una instancia carente de organización? Creo firmemente que todos los testimonios, todas las fuentes, aseveran lo contrario, y ello hasta el punto de que más bien parece que, si hay alguna queja que enunciar en lo que respecta a la conducta de la fuerza sindical que me ocupa, esa queja es la que plantea un eventual exceso de organización saldado en la irrupción de burocracias como las que se hicieron valer durante la guerra civil. Una manera rápida, y certera, de definir la condición del proyecto libertario es, de cualquier modo, la que anota que éste apuesta al tiempo por la configuración de sociedades organizadas sobre la base de principios no coactivos y por un respeto integral por el individuo y su libertad.

Siempre que tengo la oportunidad procuro subrayar que un sindicalista, en particular, y un trabajador en general, está obligado a hacerse como poco tres preguntas vitales. La primera nos interroga sobre cómo trabajamos. Debo recordar al respecto que, de forma llamativa, las palabras alienación y explotación han desaparecido del discurso que emiten las cúpulas de nuestros dos sindicatos mayoritarios, y eso que determinan poderosamente nuestra vida cotidiana dentro y fuera de los centros de trabajo. La segunda pregunta es la relativa a para quién trabajamos. Ésta era la pregunta mayor que se hacían los sindicalistas de la CNT y de la UGT hace ochenta años, cuando obedecían al firme propósito de dejar atrás el capitalismo y sus miserias. A los ojos de los responsables de las dos principales maquinarias sindicales de estas horas el capitalismo se presenta, en cambio, como el único sistema imaginable, de tal manera que la perspectiva de salir de él ha sido una y otra vez desterrada. La última de las preguntas nos inquiere sobre qué es lo que hacemos o, lo que es lo mismo, qué bienes generamos y qué servicios dispensamos. No vaya a ser que lo que hacemos ahora ponga en un brete, por ejemplo, los derechos de los integrantes de las generaciones venideras.

Capítulo 5

Frente al Estado

Es inevitable, en suma, que el proyecto libertario suscite una discusión crítica sobre la institución Estado. También en este caso me siento en la obligación de llamar la atención sobre dos amenazas que nos acosan. La primera, relativamente común en el pensamiento anarquista, asume la forma de una obsesión tal con el Estado que se pierde un tanto el rumbo a la hora de determinar lo que éste significa. Me limitaré a señalar al respecto que hay muchas formas de alienación y de explotación que no pasan, o no pasan necesariamente, por la institución Estado. Este último, en un sentido diferente, no es un conjunto de piedras emplazadas en los Nuevos Ministerios de Madrid, sino algo que llevamos dentro de la cabeza. Si aceptamos de buen grado, por lo demás, que el Estado es un aparato al servicio de la clase dominante —así lo dejó sentado Marx—, estaremos obligados a prestar atención a los otros muchos mecanismos de los que esa clase echa mano para fortalecer su condición de privilegio. Ya he adelantado, por cierto, que no faltan los libertarios que, llevados del legítimo designio de contestar radicalmente lo que el Estado significa, pareciera como si por momentos olvidasen la contestación paralela del capitalismo y de sus reglas.

Pero me preocupa más, mucho más, la segunda de las amenazas, que al cabo bebe de una formidable superstición alentada por la socialdemocracia y el sindicalismo de pacto: la de que el Estado es, por encima de todo, una instancia que se encarga de protegernos. Frente a esa superchería lo primero que hay que hacer es rescatar la dimensión represiva, militar, policial, carcelaria y autoritaria que con toda evidencia corresponde, de siempre, a la institución Estado, una dimensión fácilmente perceptible en calles y casas.

Cierto es, con todo, que la disputa principal que nace de la superstición que me atrae ahora es la que se refiere a los llamados Estados del bienestar. Curioso término éste —dicho sea de paso—, que embellece gratuitamente la realidad correspondiente. Creo yo que no es difícil enunciar los términos generales de la crítica libertaria de los Estados del bienestar. Estos últimos son, por lo

pronto, patrones de organización económica y social propios, y exclusivos, del capitalismo, por completo desconocidos fuera de éste. Dificultan hasta extremos inimaginables el despliegue de fórmulas de autogestión desde abajo, con lo cual se convierten en instrumentos centrales para la articulación de los intereses que llegan de arriba. Beben del proyecto mortecino —acabo de señalarlo— de la socialdemocracia y del sindicalismo de pacto. No han venido a liberar, como anunciaban, a tantas mujeres, víctimas hoy de una doble o de una triple explotación. Tienen una nula condición de sostenibilidad ecológica, tanto más cuanto que surgieron en un momento, la llamada "era del petróleo barato", que visiblemente ha quedado atrás. No muestran, en fin, ningún rasgo que invite a concluir que de su parte hay alguna voluntad de solidaridad con muchos de los habitantes, explotados y marginados, de los países del Sur.

Conviene, aun así, que de lo anterior no se extraiga alguna conclusión precipitada. De la crítica libertaria de lo que significan los Estados del bienestar no debe seguirse, en particular, la conclusión de que le estamos pidiendo a un anciano que renuncie a su pensión y a la atención que le dispensan en un ambulatorio de la seguridad social. Lo primero que hay que subrayar al efecto es que los libertarios no estamos en contra de lo público. Lo que hacemos, eso sí, es etiquetar nuestra defensa de lo público, de tal suerte que reivindicamos lo público autogestionado y socializado, y no lo público estatalizado.

De la mano de un ejemplo personal intento retratar, una vez más, lo que lo anterior significa. Hace años se produjeron movilizaciones estudiantiles que si no mal recuerdo tenían como blanco la Ley Orgánica de Educación, la LOE. Cuantas veces tuve la oportunidad, al calor de esas movilizaciones, me pronuncié a favor de una enseñanza pública, universal, gratuita, laica y de calidad. Pero un buen día, mientras enunciaba esta retahíla de adjetivos, me vino a la memoria que cuando yo era un estudiante universitario, muchos años atrás, criticábamos agriamente la enseñanza pública por cuanto entendíamos que era un mecanismo central de reproducción de la lógica del capital. Y ojo que no íbamos desencaminados: quien a estas alturas no haya caído en la cuenta del papel decisivo que corresponde a la enseñanza pública en la entronización de la lógica

del consumo, de la productividad y de la competitividad es que ha preferido dar la espalda a la realidad. ¿Qué es lo que, en este terreno, ha ocurrido en el transcurso de las tres últimas décadas? A la hora de perfilar una respuesta, un dato principal lo aporta, por fuerza, el recordatorio de que hemos ido retrocediendo tanto que en un momento determinado, y con respetable criterio, decidimos cavar una trinchera y salir en defensa de la enseñanza y de la sanidad públicas. Bien está que lo hagamos, pero lo suyo es que —repito— esa defensa incorpore en lugar mayor los rasgos de la autogestión y de la socialización, no vaya a ser que, de lo contrario, olvidemos que la lógica del Estado es, por definición, y pese a pasajeras e ilusorias interferencias, la de la preservación del sistema y sus reglas.

Bien sé que lo que acabo de anotar no resuelve mágicamente ninguno de los problemas importantes. Hay que preguntarse, por lo pronto, si lo público estatal puede reconvertirse, sin mayores problemas, o con problemas encarables, en lo público autogestionado. Supongo que depende de las circunstancias y de las coyunturas. Una parte significada, y muy respetable, del mundo libertario responderá que tal reconversión es literalmente irrealizable y que, en esas condiciones, parece preferible pelear por la construcción de espacios libres en los que apostemos directamente por la lógica de la autogestión y de la socialización. Como se verá más adelante, no soy en modo alguno ajeno a esta percepción. Pero sigo pensando que esos espacios tienen por necesidad que mantener una confrontación abierta con el sistema y que, tal y como están las cosas, sería un craso error, por ejemplo, no plantar cara a las privatizaciones en curso en la sanidad y en la educación. Y lo sería, entre otras razones, porque implicaría olvidar los problemas de una parte, la más castigada, de la población que hoy por hoy no está en condiciones de soñar con escuelas libres —no olvidemos, por añadidura, el carácter eventualmente elitista que algunas de éstas muestran— y tiene que agarrarse a las migajas que ofrecen la escuela y la sanidad públicas estatalizadas. Nunca construiremos, en cualquier caso, un mundo perfecto. Y conviene que lo sepamos.

Capítulo 6

Socialdemocracia, leninismo, modelos latinoamericanos

Una de las preguntas que tenemos, forzosamente, que hacernos es la relativa a cuál es el balance histórico que conviene realizar en lo que respecta al papel desempeñado por las instituciones políticas y, en singular, por el Estado. Como quiera que la tarea correspondiente es ingente, no me queda otra posibilidad, en un texto de dimensiones contenidas como es éste, que concentrar mi reflexión en tres modelos que, en el momento presente, y a los ojos de muchos, serían demostración palmaria de que, desde los Estados, es posible cambiar, para bien, las cosas. Me refiero a los que ofrecen la socialdemocracia, el leninismo y, más recientemente, los gobiernos de izquierda que han proliferado en América Latina.

Hace un siglo Lenin se empeñó en demonizar a un socialdemócrata alemán, Kautsky, cuya obra, tal y como soplan los vientos, se nos antoja hoy manifiestamente radical. Y es que cien años atrás la socialdemocracia aún conservaba las señas de identidad de un movimiento político que quería —sin duda con escaso talento, bien es cierto— acabar con el capitalismo. Subrayo esto por cuanto la deriva histórica del proyecto correspondiente invita a concluir que la socialdemocracia de nuestro tiempo, la de las últimas décadas, ha renunciado palmariamente a cualquier perspectiva que implique contestar el capitalismo y se contenta, en el mejor de los casos, con gestionar civilizadamente este último. Permítaseme que subraye lo que significa eso de en el mejor de los casos, porque lo común es que la socialdemocracia canónica, y entiendo por tal la que se revela a través de los partidos socialistas y socialdemócratas, haya renunciado incluso a ese proyecto de aparente y civilizada gestión —¿es posible gestionar civilizadamente el capitalismo, por cierto?— en provecho del acatamiento descarnado de lo que supone el juego liberal y, llegado el caso, y más aún, el neoliberal. La deriva, entre nosotros, del Partido Socialista invita a ratificar esta conclusión. Baste con recordar, y es un dato entre muchos, la reforma constitucional alentada por ese partido en septiembre de 2011, en descarado provecho de los intereses de las grandes empresas y en deshonroso abandono de lo que quedaba del maltrecho Estado del bienestar español. Si me veo en la obligación de agregar un

elemento más en provecho de la misma tesis, no parecerá de más que mencione la plena integración del PSOE en una lógica planetaria, la del imperialismo occidental en sus diferentes manifestaciones, que produciría estupor —me temo— a los ojos de muchos de los socialdemócratas de un siglo atrás.

Las cosas son así hasta tal punto de que tiene sentido adelantar la tesis de que, hablando en propiedad, a duras penas cabe aceptar que un partido como el PSOE sea emplazable, en estas horas, en el magma del proyecto socialdemócrata. Porque quienes, entre nosotros, se han abrazado a este tronco son fuerzas políticas que la lógica argumental del sistema acostumbra a situar, interesadamente, en la izquierda radical. Estoy pensando en Izquierda Unida, desde mucho tiempo atrás, y, más recientemente, en Podemos. Si este último partido se autodescribe sin rebozo como socialdemócrata, Izquierda Unida, más remisa a hacerlo —muchos de sus cuadros siguen viviendo, con un sinfín de contradicciones, en el imaginario leninista—, lo es con toda evidencia en el terreno programático. En relación con esto conviene enunciar una ley sin excepciones: cuando una fuerza política con vocación transformadora acepta, expresa o soterradamente, la lógica del capitalismo, entiende que el Estado es el motor mayor de la transformación que reivindica, desdeña cualquier horizonte que huela seriamente a autogestión y acata sin rebozo el cortoplacismo imperante, su proyecto no puede ser otro que el que desde hace más de un siglo se describe como socialdemocracia. A duras penas sorprenderá, por añadidura, que quienes se emplazan en esa posición no tengan mayores problemas para alcanzar acuerdos con formaciones que, como el PSOE, mantienen retóricamente la ficción socialdemócrata aunque materialmente estén ya, desde hace tiempo, y como acabo de señalar, en otro lugar. Si esos acuerdos son evidentes y comprobables en el caso de Izquierda Unida, empiezan a serlo también en el de Podemos.

Me permitiré agregar una observación más sobre la socialdemocracia, su pasado y su futuro. No se trata de concluir malévolamente que todos nuestros socialdemócratas, los declarados y los vergonzantes, son personas inmorales que no desean otra cosa que mover el carro del capitalismo y acrecentar los beneficios de los poderosos. A buen seguro que no siempre es así. Lo que ocurre es

que, con toda evidencia, las instituciones de las que el capitalismo se ha dotado, y en lugar singular el Estado, no son neutras: no están lánguidamente al servicio de quien quiera emplearlas en provecho de los proyectos más dispares, incluidos los que tienen, o dicen tener, una vocación emancipadora. Sobran las razones para concluir que esas instituciones moldean los proyectos correspondientes, los descafeínan y los vuelcan en beneficio de la lógica del sistema. Lo vio perfectamente Marx, por cierto, en su Crítica del programa de Gotha, cuando puso manos a la tarea de desvelar muchos de los cimientos de la socialdemocracia alemana de su tiempo. Y lo hemos visto últimamente al calor de lo ocurrido en Grecia, en donde una fuerza socialdemócrata, Syriza, pese a disponer de un apoyo popular a un proyecto de ruptura, bien que relativa, con respecto a la Unión Europea, y tras acatar todas las reglas del juego de esta última, ha acabado por aceptar sumisamente el enésimo plan de rescate. Para que nada falte, en suma, la socialdemocracia es, sin excepciones, un proyecto que sigue hechizado con el crecimiento económico y que se muestra manifiestamente incapaz de tomar nota de la crisis ecológica y de sus letales consecuencias. Estamos ante una señal más, claro, de su incapacidad para romper con el escenario que el capitalismo, tan ingeniosa como inmoralmente, ha acabado por perfilar.

Demos un salto para situarnos delante del segundo de los proyectos que anuncié quería glosar: el del leninismo. Entenderé que en el meollo de éste se halla la pretensión de disponer de una ciencia social que genera certezas y que, por fuerza, tiene que ser gestionada por un grupo humano separado, una vanguardia, que se atribuye entonces un papel director de todos los procesos. Aunque no me queda sino admitir que la quiebra de los modelos de tipo soviético reclama de explicaciones sesudas que a menudo trascienden el ámbito propio de lo que aquí describo como leninismo, parece que por sí sola se convierte en un termómetro adecuado para calibrar la presunta condición alternativa, nula, de la apuesta correspondiente. Y si alguien desea blandir la causa de algún modelo todavía vivo que, en un grado u otro, se reclame del leninismo, sospecho que la réplica es fácil. Olvidaré el caso, esperpéntico, de Corea del Norte, que no merece mayor discusión, para glosar someramente otro a buen seguro más complejo: el de Cuba. Aunque, a mi entender, el caso cubano ilustra el vigor de una

muy respetable revolución nacionalista desplegada en un pequeño país del Tercer Mundo decidido a plantar cara al imperialismo norteamericano, sus activos en el terreno de la construcción de un mundo distinto, lejos de la burocracia, de la militarización y de los dirigentes carismáticos, son nulos, como inexistente es la dimensión autogestionaria en el modelo correspondiente.

Lo anterior al margen, se impone caracterizar, siquiera someramente, lo que al cabo fueron los sistemas de tipo soviético. Lo primero que debo subrayar al respecto es que, desde mi punto de vista, se mostraron incapaces de dejar atrás el universo histórico y social propio del capitalismo y quedaron configurados, de resultas, como una forma muy singular de capitalismo burocrático de Estado. En semejante escenario se hizo valer una nueva tiranía, la de la burocracia, mientras el trabajo asalariado y la mercancía, y con ellos la desigualdad, pervivían sobre el terreno. No sólo eso: los órganos revolucionarios de base que estuvieron en el origen de las erupciones rusas de 1905 y 1917, los soviets, desaparecieron como instancias autónomas y, con ellos, se desvaneció cualquier horizonte de autogestión en provecho de una burocracia omnipresente que acabó convertida en una especie de capitalista colectivo encargado de anular cualquier pulsión de revolución social. Por si poco fuese todo lo anterior, se procedió a inventar una clase obrera que se habría encontrado en cabeza del nuevo Estado, se abrió camino una visible idealización del desarrollo de las fuerzas productivas y, en suma, y en un marco de aniquilación de toda disidencia, la represión y la militarización alcanzaron cotas inesperadas. En la trastienda despuntó, como no podía ser menos, una manifiesta estatolatría que dejó en el olvido, por cierto, muchas de las recomendaciones de Marx, y entre ellas las relativas a la pervivencia, con formas camufladas, de tradicionalísimas pulsiones imperiales. Aunque es cierto que en el apuntalamiento de todas estas miserias desempeñó un papel relevante la presión exterior, esta última a duras penas acertó a justificar el resultado final.

Muchas de las aberraciones de los sistemas de tipo soviético se revelaron de manera cabal a través de una institución precisa: un partido único e hipercontrolador en el que adquirió carta de naturaleza la perspectiva jerarquizadora. John Holloway se ha referido al respecto a un proceso de disciplinamiento de la lucha de

clases saldado en el hecho de que un sinfín de presuntas manifestaciones de ésta se vieron subordinadas al control del Estado y, de resultas, quedaron anuladas. Conviene subrayar, eso sí, que el empobrecimiento consiguiente de la lucha de clases no fue en modo alguno privativo de las diferentes formas de expresión de la propuesta leninista, trotskista o estalinista: se extendió, por el contrario, a todos los proyectos cuyo objetivo es la conquista del poder político, esto es, a todos los proyectos incapaces de desplegarse lejos de jerarquías y liderazgos, y empeñados en sustituir por unas y otros a los grupos humanos a los que dicen representar.

El tercero de los horizontes que conviene sopesar es el que aportan los modelos que han acabado por perfilarse, en América Latina, al calor de diferentes gobiernos de izquierda. Importa subrayar, antes que nada, que esos modelos presentan a menudo rasgos muy dispares, de tal suerte que lo que ocurre en Brasil o en Uruguay ofrece trazos muy distintos de lo que sucede, por ejemplo, en Ecuador o en Venezuela. Si se trata, de cualquier modo, de levantar un balance general, lo primero que se impone es reconocer que los gobiernos que me ocupan no son en modo alguno peores que lo que había antes de su irrupción. Difícil era, claro, que se hubiese hecho valer una circunstancia diferente en países indeleblemente lastrados, desde tiempo atrás, por el fraude neoliberal, por desigualdades extremas, por la corrupción y por poderosos flujos autoritarios y militaristas. También resulta obligado reconocer que en algún caso connotado, como el de Venezuela, se han visto sometidos a la agresiva presión del gigante estadounidense, con efectos a buen seguro que no precisamente halagüeños.

Pero, reconocido lo anterior, conviene guardar las distancias en lo que hace a la condición de fondo de los modelos que ahora me ocupan. Me temo, por lo pronto, que ninguno de ellos está a la altura de una retórica, aquélla de la que en ocasiones se reclaman, que habla de socialismo y de revolución. En todos los lugares ha pervivido, antes bien, y con las modulaciones que queramos, la lógica de la economía de mercado. Con esos mimbres, lo que despunta es, en el mejor de los casos, un Estado-providencia que habría contribuido a mejorar, con éxitos mayores o menores, la situación de las capas más desfavorecidas de la población, conforme

a claves que no son sino las mismas que se hacen valer al calor de lo que en la Europa occidental se entiende comúnmente por socialdemocracia. Para que nada falte, y a tono con la propuesta tradicional de esta última, la burocracia y la corrupción parecen males endémicos que, heredados del pasado, no han sido en modo alguno solventados por los gobiernos de la izquierda latinoamericana. Estos últimos han sucumbido también, las más de las veces, al hechizo que provocan el productivismo y el desarrollismo que proceden del Norte del planeta, de la mano en ocasiones de economías indeleblemente marcadas por un extractivismo que es pan para hoy y hambre para mañana. Con estos mimbres, y en el marco de proyectos en los que suelen revelarse con fortaleza caudillismos, personalismos y militarizaciones, a duras penas sorprenderá que la perspectiva de la autogestión tenga, de nuevo, un relieve muy limitado, restringida como se antoja a las prácticas que han asumido desde siempre algunas comunidades indígenas que, como acaso era inevitable, con el paso del tiempo han encontrado recelos cada vez mayores en los gobiernos. Las políticas de estos últimos, en fin, se antojan poco extrapolables a un escenario como el nuestro. O al menos eso es lo que parece a los ojos de quienes, entre nosotros, y en virtud de los antecedentes, pese a estar llamados a invocar el ascendiente de los modelos latinoamericanos, han preferido buscar, llamativamente, otros horizontes de justificación.

Capítulo 7

Ganemos, Podemos

Quiero recordar que la sugerencia de los amigos de la CNT de Córdoba fue que abriese algún espacio para glosar, siquiera someramente, las novedades que en los últimos tiempos se han ido registrando en nuestro panorama electoral-partidario. Ya he señalado en su momento que, a mi entender, tiene mayor interés explicar lo que uno defiende, y por qué lo hace, que asumir una crítica de las propuestas de los demás. Pero, en sentido diferente, y habida cuenta de que mi experiencia en tantos actos públicos invita a concluir que la gente tiene sus opiniones, y desea contrastarlas, en relación con las novedades electoral-partidarias a las que me refiero, acepto de buen grado que lo suyo es abrir aquí, sin mayores pretensiones, el espacio que se me pide. Mis observaciones se van a ceñir, en cualquier caso, a lo que suponen las diferentes propuestas municipales, a menudo dispares entre sí, que resumiré bajo el título genérico de "Ganemos" y a lo que significa la irrupción de una fuerza política como Podemos.

Antes de entrar en materia estoy obligado a subrayar que no tengo ninguna solución mágica para ninguno de nuestros problemas, y en singular para los más enjundiosos de éstos, esto es, aquellos que no suelen formar parte de la agenda política al uso. Creo firmemente, con todo, que en lo que a las grandes cuestiones se refiere —la deriva enloquecida del capitalismo, la textura de la sociedad patriarcal, el expolio de los países del Sur, la crisis ecológica o el colapso— no hay atajos, de tal suerte que quien nos diga que antes de encararlas hay que afrontar la resolución de los problemas más inmediatos —¿cuáles son éstos, por cierto, y por qué?— se está engañando o, en su caso, nos está engañando. Permítaseme que subraye, por lo demás, que el mundo libertario entendido en sentido amplio no se caracteriza precisamente por su tibieza a la hora de plantar cara a los problemas que cabe entender que son los "más inmediatos". Basta con echar una ojeada a la conducta del sindicalismo libertario y con compararla con la actitud, con las miserias, del otro sindicalismo, el integrado, con el que las más de las veces se vinculan quienes apuestan orgullosos por los atajos. Las cosas como fueren, las líneas que siguen no pueden ser sino

respetuosas con las opciones de los otros, tanto más cuanto que en esas opciones hay, en efecto, personas luchadoras y merecedoras de aprecio.

Empezaré, como acabo de anunciar, con las propuestas que vincularé con las diferentes instancias que retrataré con el genérico nombre de "Ganemos". Varias veces he contado que, meses atrás, y en una entrevista radiofónica, me preguntaron si no era cierto que el municipalismo tiene una honda tradición de presencia en el mundo libertario. Me vi obligado a responder con una perogrullada: el municipalismo libertario tiene una honda tradición de presencia en el mundo libertario. En éste se ha registrado de siempre una apuesta por el municipio libre autogestionado, descentralizado y —hoy lo diríamos así, luego de la vorágine de la globalización— relocalizado. Pero no parece que sobren los motivos para confundir lo anterior con la perspectiva que, en los hechos, ha ido germinando al calor de muchas opciones municipalistas que —me temo— poco o nada tienen de libertarias. No olvidemos que esas opciones se asientan en una participación, indisimulable, en el juego electoral, y en un acatamiento de las reglas correspondientes, articuladas desde las instituciones; ni ese juego ni esas reglas nacen, en otras palabras, desde abajo. Agregaré que en la abrumadora mayoría de los casos las iniciativas que me ocupan se aprestan a incorporar a fuerzas políticas —los partidos al uso, y en lugar prominente Izquierda Unida y Podemos— que no tienen ninguna vocación libertaria y autogestionaria. Y cerraré las observaciones con el recordatorio de que el escenario que ahora me interesa se halla muy alejado del que, mal que bien, promovió hace unos años en Cataluña la Candidatura d'Unitat Popular, la CUP, cuando decidió concurrir a elecciones municipales en pequeñas localidades en las que, al menos sobre el papel, era imaginable el despliegue de fórmulas de democracia directa. Salta a la vista que lo que proponen la mayoría de los "Ganemos" que conozco obedece a un orden de cosas bien distinto: ¿qué tipo de apuesta por la democracia directa puede sacarse adelante al calor de unas elecciones municipales oficializadas en Madrid, Barcelona o Sevilla? Permítaseme que, por añadidura, en este caso incluya una amonestación cariñosa: aunque es verdad que debemos ser flexibles y generosos en lo que hace al empleo del adjetivo libertario, no lo es menos que resulta difícil casarlo con el despliegue material de las opciones municipalistas que ahora me

interesan. Cuando alguien concurre a unas elecciones municipales en las condiciones que impone el sistema político realmente existente es difícil, por no decir que imposible, acatar que ese alguien sigue rechazando la lógica de la representación, de la delegación y del liderazgo, y sigue defendiendo el horizonte de la democracia directa. No se puede vivir en dos continentes al mismo tiempo.

En lo que atañe a Podemos, y de nuevo desde el máximo respeto, estoy obligado a subrayar que no tengo mayor sintonía con su programa —voy a suponer, generosamente, que tal programa existe —, ni con sus objetivos, ni con las herramientas abrazadas. Pena es que a menudo se haga preciso fundamentar un argumento de esa naturaleza, como si a los ojos de algunos de los integrantes de Podemos constituyese un sacrilegio disentir —y, más aún, expresar públicamente la disensión— de lo que propone la nueva fuerza política. Si de siempre he disentido de lo que alientan los partidos tradicionales, ¿por qué habría de estar prohibido hacer otro tanto con Podemos, que acaso es, por cierto, tan tradicional como aquéllos?

Acabo de referirme a la ausencia de un programa en el caso de Podemos. No es difícil iluminar, sin embargo, por dónde van los tiros en lo que hace a la apuesta programática del nuevo partido. En el meollo de esa apuesta está, una vez más, y en este caso de forma franca y reconocida, el horizonte socialdemócrata. Ya he señalado que cuando un proyecto de índole presuntamente emancipadora deposita todo el énfasis en la institución Estado, acepta el cortoplacismo imperante, rechaza —o al menos no postula de manera franca— la autogestión y, en suma, acata el orden propio del capitalismo, el resultado queda inserto, sin otra posibilidad, en el magma de la socialdemocracia. E importa subrayar que ésta es la perspectiva abrazada por Podemos desde el momento de su creación y no, como algunos parecen sugerir, desde que inició, tras las elecciones al Parlamento de la Unión Europea celebradas en mayo de 2014, una deriva atrapalotodo. Podemos, por lo demás, sigue inserto en la lógica de la sociedad del crecimiento y en la defensa, y no sólo por omisión, del capitalismo como modelo; de resultas, se muestra incapaz de percibir, a mi entender, ninguno de los grandes problemas de fondo o, en su defecto, se revela mucho

más preocupado por granjearse el apoyo electoral de muchos votantes tradicionales de los partidos popular y socialista, con las consecuencias que es inevitable esperar. Ni siquiera el discurso de la casta permite salvar la cara a la nueva formación. No olvidemos que hay muchos empresarios de credo neoliberal que abrazan una crítica frontal de la casta, en la que no aprecian sino un grupo humano que los castiga con impuestos para ratificar la condición parasitaria de sus integrantes. Gracia tiene que algunos simpatizantes de Podemos entiendan que quienes disentimos de lo que proponen y hacen asumimos esa extraña conducta por cuanto —dicen— formamos parte de la casta. Será que ahora los miembros de esta última se expresan en centros sociales okupados en actos convocados por coordinadoras anarquistas, mientras los adalides de la anticasta hablan en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, escriben en los diarios de los que a otros nos echaron y publican sus libros sin nada que huela a una licencia Creative Commons...

Ya he reseñado, por lo demás, la deriva atrapalotodo de Podemos, materializada en una propuesta cada vez más desideologizada. La fuerza política que avala esa propuesta no es —se nos dice— ni de izquierdas ni de derechas, postula un proyecto regeneracionista que no tiene mayor voluntad de contestar el orden institucional, defiende la necesidad de unas fuerzas armadas que garanticen la soberanía, reclama una defensa europea "más independiente" de Estados Unidos y se adhiere a un patriotismo de equívoca condición. Recuerdo, en lo que a esto último se refiere, que la mañana del día en que la selección española de fútbol se aprestaba a disputar el encuentro final del Mundial celebrado en Sudáfrica, uno de los actuales dirigentes de Podemos me envió un mensaje por el que me convocaba a celebrar por la noche el eventual triunfo español, en la madrileña plaza de Lavapiés, con banderas republicanas... Obsérvese que no había voluntad alguna de discutir la parafernalia del fútbol, y en singular la de La Roja. Bastaba, al parecer, con cubrirlo todo con la pátina de una bandera republicana. Española, claro.

Tengo, por otra parte, que subrayar que a mi entender es un dislate la sugerencia, la afirmación, de que Podemos y el 15-M comparten muchas cosas. El 15-M era y es un movimiento horizontal y asambleario, empeñado en rechazar orgullosamente liderazgos y

personalismos, y casi siempre no cortoplacista y no eficientista. Nada más alejado de una organización cupular y jerarquizada como la que es hoy Podemos, una instancia política que, por lo demás, no parece interesada en la existencia de movimientos sociales vivos e independientes, como no sea aquellos que puede controlar y subordinar a sus intereses, de la misma manera que no muestra interés alguno por nada que recuerde, ni de lejos, a los espacios autónomos que en estas páginas se reivindican. A menudo se discute si la realidad de Podemos se ajusta o no a la de lo que convencionalmente se entiende por izquierda tradicional. Obligado estoy a responder de manera provocadora: si las formas de organización interna del nuevo partido recuerdan poderosamente a las de la izquierda tradicional, ciertamente muchas de sus apuestas programáticas alejan a Podemos de lo que es común en ésta, con lo que, ciertamente, no hay motivo para aplicar la categoría, con sus dos elementos, sustantivo y adjetivo, a la singularísima realidad que se ha forjado. Tampoco puede sorprender que, con estas herramientas, la irrupción de Podemos sea una de las causas mayores, bien que no la única, de la desmovilización social y laboral a la que asistimos. No podía ser de otra manera cuanto que muchos de los simpatizantes del nuevo partido son, sin más, activistas de Facebook, acostumbrados a pulsar el “me gusta” y el “compartir”. Y eso que la condición de tantos simpatizantes históricos de los partidos popular y socialista que se aprestan, o se aprestaban, a votar a Podemos no los predispone siquiera a abrazar una conducta tan arriesgada y comprometida.

Algo me siento obligado a decir, en fin, de un pronóstico de futuro que, impregnado de ingenuidad, corre por ahí: el que anota que Podemos, una vez haya llegado al gobierno, desplegará políticas mucho más radicales y consecuentes que las que en estas horas han hecho suyas, taimadamente, sus dirigentes. No sé cómo semejante pronóstico puede llenar de entusiasmo a nadie. Por un lado se nos está anunciando que una fuerza política más, cuando alcance el gobierno, hará algo distinto de lo que preconizaba antes de estar en él. Y por el otro se nos está diciendo que, acaso por vez primera en la historia, la conducta de esa fuerza política no girará hacia lo que convencionalmente se entiende por la derecha, sino que, antes bien, lo hará en provecho de la izquierda. En otro momento de este texto me refiero a una ingenuidad más: la de quien piensa que las

instituciones están ahí al servicio de quien quiera emplearlas, incluso en provecho de proyectos de condición francamente emancipadora. Tengo la certeza de que no es así: son esas instituciones las que absorben los proyectos aparentemente contestatarios y los reconvierten en lo contrario de lo que querían o decían ser. A ello, y en el caso preciso de Podemos, se suman las secuelas, no precisamente estimulantes, de los pactos con alguno de los partidos de la casta y de un descafeinamiento ideológico que invita a concluir que el sistema, que no es cabalmente estúpido, sólo permite el ascenso de quien va tirando por la borda cualquier ropaje que apunte a una contestación radical de lo que el propio sistema significa. En un escenario en el que los hilos, pese a las apariencias, los mueven otros, volver la mirada para contemplar lo que sucedió en 1982 es una tarea urgente.

Aun con todo lo dicho, mi divergencia principal con Podemos, que es la misma que mantengo con las fuerzas de la izquierda cortoplacista que nos acosan por doquier, se refiere al designio que el nuevo partido muestra en el sentido de ignorar por completo lo que significan la corrosión terminal del capitalismo y el colapso que se avecina. Como quiera que, a mi entender, este último está mucho más cerca de lo que la lectura habitual acostumbra a sugerir, me limitaré a señalar que la opción que plantea Podemos nada saludable y novedoso promueve al respecto: es, simplemente, más de lo mismo. Por eso no deja de sorprenderme que muchos amigos que están en Podemos y que comparten el diagnóstico en lo que hace a corrosiones y colapsos no aprecien mayor problema en el sesgo que la formación política a la que apoyan ha imprimido a iniciativas y programas.

Capítulo 8

Estado y autogestión

En lo que se refiere a algunas de las disputas que acabo de abordar hay quien formula una pregunta que merece ser tomada en consideración: ¿no tiene sentido imaginar un escenario en virtud del cual se combinase la acción institucional de un gobierno de izquierdas con el crecimiento de los espacios de autonomía autogestionados y desmercantilizados que defiendo más adelante?

Respondo en dos escalones. El primero remite a la discusión general y me invita a subrayar que todo terreno ganado por la autogestión es terreno perdido por las instituciones, y viceversa. En la trastienda de este argumento se halla la intuición de que la idea de que el Estado no es un enemigo de los comunes se antoja una superstición que no puede aportar en su provecho ningún dato consistente. La lógica del Estado es, por definición, la de la delegación —voluntaria o forzada— y la de la representación, que son dos fórmulas que discurren por el camino contrario del propio de la autogestión. Cuando he hablado de los Estados del bienestar ya me referido, por otra parte, a cómo la institución Estado dificulta hasta extremos inimaginables el despliegue de prácticas autogestionarias. Su apuesta de siempre estriba en emplear los bienes teóricamente al servicio de todos en descarado provecho de la lógica de un sistema que rinde pleitesía al capitalismo, al mercado, al trabajo asalariado y a la mercancía (en otros escenarios ha pagado tributo a la burocracia y sus intereses). Cuando, y pese a todo, el Estado abre algunos horizontes que legítimamente parecen más halagüeños hay que preguntarse en qué medida esos horizontes permiten vislumbrar la resolución de esos problemas de fondo a los que en varias ocasiones me refiero en este escrito, o por el contrario, y como me temo, los ahonda. Por decirlo con un punto de ironía, si el propósito de nuestra apuesta es recuperar para los funcionarios la paga extra que se les retiró en diciembre de 2012, es razonable concluir, bien que con cautelas, que la condición de determinadas fuerzas políticas puede ser preferible a la de otras. Si nuestro objetivo, en cambio, es encarar en serio el desastre que acompaña al colapso, mucho me temo que la oferta política convencional nada aporta al respecto, y que, de resultas, tampoco lo hace la institución Estado.

Voy a por el segundo escalón, de condición más precisa. A la hora de considerar la perspectiva de un despliegue conjunto de acción institucional, desde el Estado, y autogestión, un problema más que se suma a los varios ya mencionados es el que nace de la condición de las fuerzas políticas que —se supone— estarían interesadas en acometer ese despliegue. Porque lo cierto es que, y pienso en instancias como Izquierda Unida o Podemos, lo único que debe hacerse es certificar que ni siquiera coquetean con la perspectiva de la autogestión, manifiestamente inencontrable en sus programas —otro tanto cabe decir, claro, de los sindicatos mayoritarios—, y ello por mucho que sea cierto que una parte de sus militantes, más bien reducida, coquetee con esa perspectiva. Su proyecto no es otro que el de fuerzas políticas que estiman, y están en su derecho, que hay que participar en las instituciones, alcanzar mayorías en ellas y aprobar leyes que —supongámoslo así, con ilimitada generosidad— deben mejorar la condición de los más castigados. No me dejo arrastrar ahora por ningún empeño orientado a denostar lo que todo lo anterior significa: me limito a certificar que el horizonte correspondiente nada tiene que ver con la autogestión. Incluso en términos técnicos el despliegue conjunto al que me refiero parece, por lo demás, difícilmente viable. Me limitaré a recordar al respecto que a los ojos de muchos —no enuncio ahora un argumento mío— la desmovilización social y laboral que ha acompañado al fenómeno Podemos algo le debe al hecho de que los militantes de esta fuerza política que trabajaban en los movimientos sociales aparecen ahora volcados en provecho de una acción institucional que puede interpretarse, legítimamente, como una premeditada descapitalización de la contestación.

En la trastienda creo que despunta otra cuestión que no debemos dejar en el olvido: las fuerzas políticas que acabo de mencionar, y con ellas otras similares, están empeñadas en contestar las miserias del régimen, pero poco o nada nos dicen de las que acompañan al sistema. La disputa sobre el régimen —sobre la monarquía, sobre el bipartidismo, sobre la corrupción, para entendernos— no trasciende nunca los límites de un terreno acotado por el Estado. Por fuerza esos límites tienen que superarse cuando aquello de lo que hablamos es del sistema, esto es, de la civilización capitalista y del sombrío panorama que nos prepara.

Hace un tiempo, y en el transcurso de una entrevista, me preguntaron con quién debíamos dialogar y con quién debíamos pactar. Respondí, claro, antes que nada, que no sabía quién era yo para afrontar cuestiones tan enjundiosas. Pero agregué que, si por algún extraño azar me correspondiese encarar esa pregunta como responsable incógnito de una organización —algo que afortunadamente no va a ocurrir—, mal que bien sugeriría, en primer lugar, que tenemos que dialogar con todo el mundo. Y ello debe ser así por una razón muy prosaica: no estamos por encima de nadie y no hay nadie de quien no tengamos algo que aprender. Harina de otro costal es la de los pactos. Desde mi punto de vista tenemos que pactar, tenemos que trabajar, con aquellas personas y organizaciones que creen en la autogestión y la practican, y con aquellas personas y organizaciones que son conscientes al tiempo de lo que significan la corrosión terminal del capitalismo y el colapso que se avecina. Poner el listón más bajo es engañarse. Y ya lo dije: en esto no valen los atajos.

Capítulo 9

Decrecer, desurbanizar, destecnologizar, despatriarcalizar, descomplejizar

Retomaré, con todo, el hilo conductor de esta exposición, y lo haré recordando que cuando defendemos la democracia directa es frecuente que recibamos una réplica que en sustancia viene a decir lo que sigue: eso de la democracia directa es muy hermoso pero, infelizmente, en sociedades complejas como las nuestras la aplicación de la propuesta correspondiente resulta literalmente inviable. Cuando me topo con esa réplica me considero siempre en la obligación de explicar que nuestro proyecto no puede asentarse sin más en la defensa de la democracia directa. Lo que estamos reclamando, antes bien, es una transformación radical de nuestras sociedades que, en una de sus dimensiones mayores, obedece al propósito de permitir que la democracia directa gane terreno en todos los ámbitos de la vida.

Si alguien me invitase a retratar, con vocación pedagógica, el sentido de fondo de esa transformación de la que hablo, me serviría de cinco verbos: los que reivindican la urgencia de decrecer, desurbanizar, destecnologizar, despatriarcalizar y descomplejizar nuestras sociedades. Claro es que podría agregar algunos más. Podría hablar, por ejemplo, de la premura de desmilitarizar todas las relaciones o de la necesidad imperiosa de colocar en un primer plano los derechos de las demás especies que nos acompañan en el planeta.

En el Norte opulento tenemos que decrecer, en primer lugar, porque si vivimos —y vivimos— en un lugar, la Tierra, con recursos limitados, no parece que tenga mucho sentido que aspiremos a seguir creciendo ilimitadamente, tanto más cuanto que sobran las razones para concluir que hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos que se nos ofrecen. Piénsese, sin ir más lejos, que en el momento presente la huella ecológica española es de 3,5. ¿Qué significa este guarismo? Significa que para mantener las actividades económicas hoy existentes en España precisamos nada menos que tres veces y media el territorio español. ¿Cómo se mal resuelve este ingente problema? A través de una

presión inaudita ejercida sobre los derechos de los integrantes de las generaciones venideras, y a través de una presión no menos inaudita desplegada sobre los derechos de muchos de los habitantes de los países del Sur. En este escenario, la propuesta del decrecimiento nos dice que en el Norte rico estamos inexorablemente obligados a reducir nuestros niveles de producción y de consumo. Pero nos dice, también, que tenemos que introducir principios y valores que hoy con toda evidencia faltan. Así, tenemos que recuperar la vida social que hemos ido dilapidando, absorbidos como estamos por la lógica de la producción, del consumo y de la competitividad. Tenemos que apostar por fórmulas de ocio creativo, frente al ocio mercantilizado, siempre vinculado con el dinero, que se nos ofrece por doquier. Tenemos que repartir el trabajo —los trabajos: también el doméstico que recae de manera abrumadoramente mayoritaria sobre las mujeres—, una vieja demanda sindical que infelizmente fue muriendo con el paso del tiempo. Tenemos que reducir las dimensiones de muchas de las infraestructuras administrativas, productivas y de transporte que hoy utilizamos. Tenemos que restaurar la vida local, frente a la condición depredadora de la globalización, en un escenario de reaparición de formas de autogestión y de democracia directa. O, en suma, y en el ámbito individual, tenemos que mostrar nuestro compromiso con la causa de la sobriedad y de la sencillez voluntaria. Ninguno de los principios y valores que acabo de mencionar nos sitúa fuera del mundo: se hallan claramente presentes en muchas de las prácticas históricas del movimiento obrero de siempre, se revelan una y otra vez a través del trabajo de cuidados, guardan una estrecha relación con muchos de los elementos de sabiduría popular de nuestros campesinos viejos y se vinculan, en fin, con el grueso de las percepciones que guían la vida cotidiana de muchos de los habitantes de los países del Sur que nos empeñamos en describir como primitivos y atrasados.

Más sencillo es explicar lo que significa el segundo verbo esgrimido: desurbanizar. Sabido es que hace décadas muchos de nuestros abuelos y bisabuelos decidieron abandonar los pueblos en los que vivían para buscar el horizonte, sobre el papel más confortable, que aportaban las ciudades. Hoy asistimos a un incipiente proceso de signo contrario: los medios urbanos se nos presentan cada vez más hostiles e inhabitables, de tal forma que ha ido creciendo,

paulatinamente, el número de personas que procuran otros horizontes. Esta conducta es particularmente obvia en el caso de quienes, conscientes del riesgo que se deriva de un colapso integral del sistema, han llegado a la conclusión de que una de las pocas posibilidades de respuesta que se abren al respecto es la que pasa por recuperar —acabamos de sugerirlo— muchos de los elementos de sabiduría popular, y muchas de las prácticas de solidaridad y vida cotidiana, vinculadas con el mundo rural. De por medio tiene que hacerse valer, inexorablemente, una discusión cruda sobre el futuro de nuestras ciudades, manifiestamente insostenibles. No sé yo si, y permítaseme la humorada, frente a lo que parece dar a entender el lema "Ganemos" que encabeza algunas opciones municipalistas, no será más inteligente que lo reconvirtamos en el contrario: "Perdamos". O pensamos seriamente en qué es lo que tenemos que hacer para empezar a vaciar muchos de los mastodontes urbanos que hemos creado o éstos acabarán irremisiblemente —lo están haciendo ya— con nosotros.

He hablado, en tercer lugar, de la conveniencia de destecnologizar nuestras sociedades. Admitiré de buen tono que el verbo empleado algo tiene de provocación. Si tengo que formular el argumento de manera más mesurada, me limitaré a sugerir que estamos en la obligación de sopesar críticamente cuál es la dimensión emancipadora de muchas —de todas— de las tecnologías que el sistema nos ha entregado, en apariencia de forma generosa, no vaya a ser que sean mucho menos halagüeñas de lo que una primera lectura sugiere. John Zerzan es el principal fundamentador de eso que ha dado en llamarse anarcoprimitivismo. Aunque se trata, ciertamente, de un pensador desmesurado, por momentos me da la impresión de que sólo los pensadores desmesurados son realmente interesantes. A los ojos de Zerzan todas las tecnologías generadas por el capitalismo llevan por detrás la impronta de la división del trabajo, de la jerarquía y de la explotación. Es una tesis seria que merece ser tomada en consideración, y ello por mucho que sea cierto que, al colocar el listón tan alto, sus eventuales consecuencias puedan tener cierta dimensión desmovilizadora. Recojo de ella, de cualquier modo, lo que se antoja evidente: haríamos bien en protegernos frente a la tecnofilia que nos acosa por doquier, y que prefiere ignorar los dobleces de muchas de las tecnologías que empleamos. Me limitaré a proponer al respecto un ejemplo

tontorrón que remite al uso social de determinadas tecnologías de comunicación: el que ofrecen Facebook y las ilusiones ópticas que lo acompañan. Hay quien pensará, por ejemplo, que disponer de cinco mil amigos en Facebook es una eficiente señal de riqueza en nuestra vida social; bien sabido es que a la mayoría de esos amigos lo más probable es que no los vayamos a conocer nunca. Esto al margen, no es impensable que uno llegue a casa por la noche, encienda el ordenador, entre en Facebook y se deje llevar por la conclusión de que el país en el que vivimos se encuentra en plena ebullición revolucionaria. Mucho me temo que la realidad acudirá presurosa en nuestro socorro para recordarnos que no conviene confundir lo que emiten nuestros amigos con lo que ocurre en el conjunto del país. Más allá de lo anterior, me parece que estamos obligados a concluir que las tecnologías no son, como a menudo se sugiere, neutras, de tal suerte que no es verdad que su empleo, razonable o no, dependa sin más de quien las dirija. Esto al margen, tenemos que preguntarnos siempre por su dimensión social y ecológica, no vaya a ser que acabemos defendiendo dispositivos y fórmulas que discriminan a unos en provecho de otros o que ignoran palmariamente los derechos de las generaciones venideras y los de los integrantes de las demás especies que nos acompañan en la Tierra.

Es urgente, en cuarto término, que trabajemos de forma denodada por una activa despatriarcalización de nuestras sociedades. En un epígrafe posterior defenderé —lo repito— la gestación de espacios autónomos autogestionados y desmercantilizados. Conviene que aclare que esos espacios existen ya y que, en efecto, en muchos casos han progresado sensiblemente en el camino de la autogestión y en el de la desmercantilización de todas las relaciones. Aunque mucho me gustaría poder agregar que lo han hecho también en el terreno de la despatriarcalización, creo que por lo común, y de manera desgraciada, no es así: en ocasiones las relaciones patriarcales de siempre perviven infelizmente incólumes en su interior. Convendré en que no hay mayor sorpresa al respecto. Con frecuencia me he dejado llevar por la tentación de sugerir que una diferencia fundamental entre la cosmovisión libertaria y las propias de lo que con alguna ligereza llamaré izquierda tradicional remite al meollo de lo que ahora tengo entre manos. A los ojos de la izquierda tradicional el problema principal se resume de forma

sencilla: aquí estamos nosotros y ahí está el sistema que queremos echar abajo; lo que tenemos que demostrar es que somos más numerosos y más fuertes que ese sistema. Aunque la percepción libertaria es similar, añade un elemento importante y, mal que bien, nos dice: aquí estamos nosotros, sí, y ahí está el sistema que queremos derribar; tenemos que demostrar, ciertamente, que somos más numerosos y más fuertes que ese sistema, pero en momento alguno debemos olvidar que formamos parte indeleble de él —que somos, para decirlo mejor, el sistema—, con lo que nuestra conducta se ve lamentablemente influenciada, con mucha frecuencia, por aquello a lo que queremos oponernos. Difícilmente cambiaremos nada si no somos conscientes de lo que lo anterior significa.

Pues bien: en este terreno a duras penas podrá sorprender que la lógica de la sociedad patriarcal perviva incólume en muchas de las manifestaciones de movimientos que sobre el papel desean desprenderse urgente y radicalmente de ella. El escenario de fondo, en fin, es cualquier cosa menos halagüeño, y obliga a recelar del criterio de quienes, a tono con lo que expande a menudo el feminismo institucionalizado, estiman que los problemas, múltiples, de las mujeres se hallan en vía de afortunada resolución. Frente a ello conviene recordar que apenas ha remitido la marginación histórica que, en el terreno material como en el simbólico, sigue padeciendo la mayoría de las mujeres. Aunque el dato recoge sólo una parte de la realidad, a buen seguro más compleja y plural, no está de más que agregue que el 70 por ciento de los pobres que hay hoy en el planeta son mujeres, guarismo que obliga a recordar el peso de lo que en su momento se dio en llamar “feminización de la pobreza”. Apréciese bien lo que significa el porcentaje reseñado: no estamos hablando de un 52 por ciento de mujeres pobres confrontado con un 48 por ciento de hombres. Nos estamos refiriendo, antes bien, a la distancia abismal que separa un 70 de un 30 por ciento.

Tengo que referirme, en suma, a la necesidad imperiosa de descomplejizar nuestras sociedades. Hemos acabado por aceptar sociedades cada vez más complejas, con un correlato muy delicado: cada vez somos más dependientes. Mi buen amigo Ramón Fernández Durán falleció en Madrid en mayo de 2011, pocos días

antes, por cierto, de que se abriese paso el 15-M. En sus últimos textos gustaba de repetir, machaconamente, una idea sugerente: la que subraya que muchos de los desheredados del planeta, habitantes de los países del Sur, se encuentran a menudo en mejor posición que la nuestra para hacer frente al colapso que se avecina. Recuérdese, si no, que habitan pequeñas comunidades humanas, han mantenido una vida social mucho más rica que la nuestra, han preservado una relación mucho más fluida con el medio natural y, en último término, y no sin paradoja, son mucho más independientes de lo que lo somos nosotros. Pensemos en lo que podría ocurrir, en un lugar como éste en el que estamos, en el caso de que dejasen de llegar los suministros de petróleo: todo esto se desmoronaría, literalmente, de la noche a la mañana. Por eso parece de razón que sopesemos seriamente qué es lo que debemos hacer para procurar una progresiva descomplejización de nuestras sociedades que en una de sus dimensiones principales reclama de una activa descentralización en busca de comunidades políticas de tamaño menor. Claro es que exige también una apuesta paralela por la disolución del poder. Una apuesta que, a mi entender, nos obliga a defender procesos destituyentes, y no procesos constituyentes.

Capítulo 10

Las crisis

Muchas veces he recordado que años atrás se publicó en Francia un libro en cuyo propio título el autor subrayaba lo que entendía que eran semejanzas muy notables entre la crisis de 1929 y la que se ha abierto camino en los últimos tiempos. A buen seguro que cuando el ensayista francés del que hablo acometía esa comparación en modo alguno deseaba transmitirnos, con todo, ningún mensaje tranquilizador. Y es que, al respecto, haríamos mal en olvidar que la crisis de 1929 estuvo en el origen del asentamiento de los fascismos en la Europa del decenio siguiente. Si así lo queremos, estuvo en el origen, también, de la propia segunda guerra mundial.

Tengo por momentos la impresión, sin embargo, de que el diagnóstico —la comparación— queda un tanto cojo. ¿Por qué? Nos hemos acostumbrado a utilizar la palabra crisis en singular, para identificar la modulación financiera del fenómeno, y olvidamos con demasiada frecuencia que en la trastienda hay otras crisis, ahora en plural, a las que a menudo no prestamos la atención debida. ¿En qué estoy pensando? En el cambio climático, que es una realidad que ya está ahí y que no tiene —veamos las cosas como las veamos — ninguna consecuencia saludable. En el encarecimiento inevitable, en el medio y en el largo plazo, de los precios de la mayoría de las materias primas energéticas que empleamos, y singularmente, y pese a las apariencias más cercanas, en los del petróleo. En los problemas demográficos que acosan en particular a determinadas regiones del planeta, ya muy castigadas. En el mantenimiento de la situación de postración que siguen padeciendo, en todos los órdenes, muchas mujeres. O, en fin, y por dejarlo ahí, en la prosecución del expolio de la riqueza humana y material de los países del Sur. Cuando cada una de estas crisis en singular es suficientemente inquietante, la combinación de todas ellas resulta, a mi entender, literalmente explosiva.

¿Cuál es, desde mi punto de vista, el escenario que acoge el debate anterior? Empezaré recordando lo que acaso resulta una obviedad: el capitalismo es un sistema que históricamente ha demostrado una formidable capacidad de adaptación a los retos más dispares. La

principal pregunta hoy es la relativa a si no estará perdiendo, sin embargo, muchos de los mecanismos de freno que en el pasado le permitieron salvar la cara. Si, por decirlo de otra manera, llevado de un impulso encaminado a acumular espectaculares beneficios en un período de tiempo muy breve no estará cavando su propia tumba, con el agravante, ciertamente, de que dentro de esa tumba estamos nosotros, de tal suerte que puede desmoronarse sobre nuestras cabezas. En más de una entrevista he tenido que encarar una pregunta que, mal que bien, decía lo que sigue: las personas que consideráis que hay que acabar con el capitalismo y al tiempo afirmáis que este último está cavando su propia tumba, ¿no deberíais sentiros exultantes ante este último escenario? Salta a la vista que no hay, por nuestra parte, ninguna alegría especial: una cosa es que el capitalismo se hunda y nos lleve por delante, que es lo que muy bien puede ocurrir, y otra muy diferente que, amparándonos en las sabias palabras de Walter Benjamin, pongamos un freno a la locomotora de la historia y seamos capaces de articular en paralelo, y por añadidura, una sociedad sobre la base de principios y valores muy diferentes.

Enuncio la misma idea de una forma más: uno puede y debe criticar agriamente al capitalismo por considerar que ha sido de siempre un sistema injusto, explotador y excluyente. Pero reconozcamos que al tiempo ha sido, en términos históricos, un sistema razonablemente eficiente. ¿En qué sentido afirmo lo anterior? En el de que el capitalismo —que, por cierto siempre se ha servido de la institución Estado— ha permitido garantizar, durante mucho tiempo, que la mayoría de los empresarios obtuviesen los beneficios que esperaban, en un grado u otro, alcanzar. Hoy me temo que ni siquiera esto es evidente. Estos neoliberales que han rechazado orgullosamente durante tres décadas todo tipo de intervención de las instituciones en la economía, ¿qué es lo primero que han hecho cuando los vientos han empezado a soplar mal? Han agarrado, naturalmente, el teléfono para demandar las ayudas preceptivas de ministerios, consejerías o ayuntamientos. ¿Hace falta algún indicador mejor de pérdida de eficiencia en el capitalismo contemporáneo?

Claro que las cosas no terminan ahí. Hay que tomar nota, también, de la dramática imprevisión con la que el capitalismo

contemporáneo parece encarar los retos derivados de la crisis ecológica. Obligado estoy a recordar que existe un consenso abrumador en la comunidad científica internacional en lo que hace a un pronóstico: el de que es inevitable que la temperatura del planeta suba al menos dos grados, como media, con respecto a los niveles de 1990. Esa misma comunidad científica nos ha puesto sobre aviso ante el hecho de que, una vez alcanzada tal subida, no sabemos lo que viene después, aunque sí podemos afirmar que no es nada bueno. Aunque el consenso no se antoja tan abrumador, hay un amplio acuerdo entre los expertos en lo que se refiere a la conclusión de que el llamado pico del petróleo ha quedado ya atrás en el tiempo, de tal forma que es inevitable que la producción de esa preciosa materia prima energética descienda y los precios, consiguientemente, suban.

Permítaseme que intente atraer hacia nosotros este debate y que, con un punto de ironía, recuerde algo que sucedió no hace mucho, a principios de 2011. Esta otra estimulante figura intelectual que es Alfredo Pérez Rubalcaba, a la sazón ministro del Interior y vicepresidente del Gobierno español, convocó entonces, en Madrid, una rueda de prensa para presentar y promocionar una medida que, si queremos ser injustificadamente generosos, habrá que aseverar que discurría por el buen camino. Me refiero a la que dio en reducir la velocidad máxima en autovías y autopistas de 120 a 110 kilómetros por hora. Pues bien: cuatro meses después el mismo personaje convocó una nueva rueda de prensa, en la misma ciudad, con el propósito de transmitir, por lo que se vio, dos grandes mensajes. El primero de ellos señalaba que la medida aplicada había producido los resultados apetecidos: la factura energética española había menguado saludablemente y, por si poco fuera lo anterior, el número de muertos en las carreteras también se había reducido. ¿Qué fue lo segundo que dijo el señor Pérez Rubalcaba? Agregó que, de resultas de lo anterior, se restauraban los 120 kilómetros por hora de velocidad máxima en autovías y autopistas… Hubiera sido de esperar que alguno de los periodistas presentes en esta segunda rueda de prensa se abalanzase sobre el cuello del vicepresidente del Gobierno español con la sana intención de estrangularlo: estaba violentando las normas más básicas de la lógica formal. Si uno despliega una medida y anuncia que ha producido los resultados deseados, lo suyo es —parece— porfiar en

la aplicación de la medida y no, claro, retirarla. Para cerrar el panorama, y con la expresa voluntad de retratar el ingente compromiso que nuestros gobernantes muestran en lo que se refiere a los retos derivados de la crisis ecológica, no está de más que recuerde algo bien sabido: el Partido Popular, en el gobierno en este momento, coquetea con la posibilidad de emplazar en 130 kilómetros por hora la velocidad máxima en autovías y autopistas.

Tengo, con todo, que tirar una piedra sobre mi propio tejado: no es completamente cierto que en el capitalismo contemporáneo no se aprecie ninguna señal sólida de conciencia en lo que respecta a la crisis ecológica y a la necesidad de darle réplica. Hace años se tradujo al castellano un libro de un periodista alemán llamado Carl Amery. La obra se titula Auschwitz: ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor. La tesis principal recogida en el libro de Amery apunta que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas que abrazaron los nazis alemanes ocho décadas atrás remiten a un momento histórico singularísimo, coyuntural y afortunadamente irrepetible. Amery nos exhorta, por el contrario, a estudiar en detalle esas políticas. ¿Por qué? Porque bien pueden reaparecer en los años venideros, no defendidas, ahora, por ultramarginales grupos neonazis, sino postuladas por algunos de los principales centros de poder político y económico, cada vez más conscientes de la escasez general que se avecina y cada vez más firmemente decididos a preservar esos recursos escasos en unas pocas manos en virtud de un proyecto de ecofascismo o, si así se quiere, de darwinismo social militarizado. Creo yo que muchas de las decisiones que han avalado los sucesivos presidentes norteamericanos hunden sus raíces en un proyecto de esta naturaleza. Como creo yo que otro tanto cabe decir de las medidas que la Unión Europea aplica, de un tiempo a esta parte, a los inmigrantes pobres que llegan a nuestras costas y aeropuertos. Claro que, puestos a buscar un ejemplo cercano, no está de más que rescate una frase que gustaba de repetir José María Aznar y que han hecho suya los diferentes presidentes españoles: la que enunciaba el compromiso de “colocar a España en plenitud en el club de los países más ricos”. No olvidemos que semejante opción —además de identificar obscenamente bienestar y riqueza material, sin formular ninguna pregunta seria al respecto— no toma en modo alguno en consideración los sufrimientos de los demás, que en virtud de un

código obscenamente egoísta deben quedar condenados, al parecer, a mantener su presente situación de postración. La frase de Aznar, ¿no es una señal incipiente de lo que significan, en el terreno internacional, el darwinismo social y sus secuelas?

Capítulo 11

El colapso

Hay una palabra que falta llamativamente en el discurso de nuestros dirigentes políticos. En el de todos nuestros dirigentes políticos, incluidos los aparentemente alternativos. Me refiero a la palabra colapso. Hace no mucho, en 2013, vio la luz entre nosotros un libro firmado por otro periodista, en este caso inglés, llamado Michael Joker. El título tiene —fácil es comprobarlo— un carácter provocador: Historia de España (2014-2033). Crónica de un colapso. El texto de Joker, publicado en Reikiavik, la capital de Islandia, en 2034, es un manual de historia convencional que, de la mano de mapas, cuadros estadísticos y fotografías, y a mitad de camino entre un humor socarrón y un argumento serio, relata un colapso, el español, que es el producto de cuatro grandes elementos: el cambio climático, que ya está pegando fuerte en la mitad meridional de la península Ibérica; el encarecimiento insorteable, y letal, de los precios del petróleo; una crisis social en la que estamos manifiestamente inmersos, y, en suma, el asentamiento de políticas autoritarias cada vez más visibles y severas.

En los círculos en los que me muevo lo del colapso suscita, como poco, dos reacciones diferentes. La primera es crudamente realista y nos dice que no nos queda otro remedio que aguardar a que llegue el momento correspondiente, toda vez que éste permitirá que la mayoría de nuestros conciudadanos tome nota, de una vez por todas, de sus obligaciones. Esta primera perspectiva es, sí, crudamente realista, pero resulta, al tiempo, profundamente desalentadora. No nos engañemos: el colapso se traducirá, sin margen para la duda, en una multiplicación espectacular de los problemas y en una reducción paralela de nuestra posibilidad de resolverlos. La segunda de las reacciones, que es la mía y la de otros muchos, nos dice, de forma inequívocamente voluntarista —disfruta de un apoyo social limitado—, que tenemos que salir con urgencia del capitalismo y que al respecto, y en el momento y en la situación en que estamos, lo que se halla a nuestro alcance es construir espacios de autonomía autogestionados, desmercantilizados y, claro, despatriarcalizados. La discusión correspondiente dividió en dos, por cierto, al movimiento del 15 de mayo. Una parte

significada de éste entendió desde el principio que el cometido mayor del 15-M debía consistir en elaborar propuestas en la confianza de que serían escuchadas por nuestros gobernantes. Pero otra parte de ese mismo movimiento, con la que me siento identificado, estimó que la tarea mayor del 15-M estribaba, antes bien, en abrir espacios autogestionados y en hacerlo, por añadidura, sin aguardar nada, absolutamente nada, de nuestros gobernantes. Debo subrayar al efecto, en paralelo, que esta segunda alma del movimiento del 15 de mayo atribuyó un sentido no coyuntural a ese lema que reza "no nos representan": si para algunos la consigna en cuestión se refería en exclusiva a los dos grandes partidos españoles, para otros —entre los que me cuento— tenía un sentido más profundo, al amparo de un rechazo expreso de la lógica de la representación, de la delegación y de la jerarquía.

Cuando hablo de espacios de autonomía estoy pensando en lo que suponen ya muchos grupos de consumo, muchas de las ecoaldeas, las cooperativas integrales —en lugar singular—, las formas de banca ética y social que han ido germinando, el sinfín de actividades que despliegan los centros sociales autogestionados o, por dejarlo ahí, el incipiente movimiento de trabajadores que se han hecho con el control de empresas que estaban al borde de la quiebra. Acaso las cooperativas integrales son el mejor botón de muestra de lo que tengo ahora entre manos, al amparo de su vocación de perfilar espacios de autogestión y democracia directa que en su esencia deben caracterizarse por la voluntad de reducir al máximo las dependencias externas en todos los órdenes. En un momento en el que se está produciendo un fantasmagórico renacimiento de la propuesta socialdemócrata creo que se impone reivindicar el vigor de fórmulas como las descritas, caracterizadas por la conciencia de lo que suponen la corrosión terminal del capitalismo y la inmediatez del colapso. Qué llamativo es que nuestros economistas socialdemócratas de bandera sigan apegados, entre tanto, a lógicas aberrantemente cortoplacistas y piensen, o actúen como si tal fuese, que corrosiones y colapsos no están a la vuelta de la esquina.

Estoy obligado a subrayar, eso sí, que el proyecto de los espacios de autonomía no puede tener, en modo alguno, una condición escapista. Hay que entenderlo desde la doble perspectiva de la

federación de esas iniciativas y de la confrontación abierta con el sistema. Esta última es tanto más insorteable cuanto que sobran los datos para concluir que la lógica del capitalismo tiene por fuerza que traducirse —se está traduciendo ya— en agresiones sin cuento ejercidas sobre todas las iniciativas que reclaman la desmercantilización. Tiempo habrá para determinar si los espacios que me ocupan deben servirnos para esquivar materialmente el colapso —horizonte difícil a los ojos de quienes piensan que lo que está a nuestro alcance hoy en día, y una vez perdido, lamentablemente, mucho tiempo, es mitigar algunos de los efectos más negativos de aquél y postergar un tanto su manifestación en el tiempo— o, de forma más humilde, nos ayudarán a preparar nuestra adaptación a lo que vendrá después.

Claro que, puestos en este terreno, no está de más recordar que el del colapso no deja de ser un concepto que acarrea ciertos vicios eurocéntricos, vinculados ante todo con una percepción sencilla: nosotros, en el Norte rico, creemos comprender qué es, qué será, el colapso porque partimos de la presunción de que el escenario en el que vivimos, por poco halagüeño que sea, no es todavía el propio de aquél. A buen seguro que no es eso lo que piensa, en cambio, un habitante de la franja de Gaza. Si así lo queremos, con el concepto de colapso sucede algo similar a lo que ocurre con el de crisis. También este último tiene cierta dimensión eurocéntrica, en la medida en que se vincula con una visión cíclica de los hechos —hoy estamos en una etapa de recesión, pero mañana vendrá otra de bonanza, luego una nueva recesión...— que no es la que, por fuerza, abrazan muchos de los habitantes de los países del Sur. Recuerdo que hace bastantes años pregunté a un colega uruguayo cómo sobrellevaban en su país una inflación desbocada. Me respondió con ironía: “En mi país vivimos una situación de bancarrota estable”...

Capítulo 12

Por una nueva organización libertaria

Los libertarios también hemos vivido, los últimos años, nuestra propia burbuja, que ha tenido una relación expresa con el movimiento del 15 de mayo. Aunque la irrupción de éste suscitó polémicas en el propio mundo libertario, creo que la mayor parte de los integrantes de éste percibieron en el 15-M, bien que con las cautelas inevitables, un horizonte esperanzador. Erramos, sin embargo, en un diagnóstico importante, toda vez que muchos pensamos que al calor del nuevo movimiento tocaba a su fin un ciclo, larguísimo, marcado por partidos, jerarquías y separaciones, y se iniciaba otro definido por la autogestión, la horizontalidad y la democracia directa. Aunque algo de eso, ciertamente, ocurrió, o nuestro trabajo no fue del todo eficiente o los frutos, sin más, no estaban maduros. Lo ocurrido los últimos meses, con un rebrote manifiesto del hechizo que parecen provocar personajes, partidos, elecciones y parlamentos, nos ha obligado a concluir que en 2011 nos dejamos llevar por ilusiones que el tiempo ha venido a echar abajo.

Mi impresión es que, por añadidura, la reacción libertaria ante el nuevo escenario —en realidad es el mismo de siempre— ha sido débil. Muchos compañeros se han limitado a señalar que las cosas volverían pronto a su cauce y que las gentes recuperarían enseguida el recelo y la cordura con respecto a las instituciones todas. Claro que en otros casos las circunstancias han sido más delicadas, de la mano de libertarios que no han dudado en sumarse a las nuevas opciones municipalistas o a partidos que abrazan una lógica cupular y programas sórdidamente añejos. De por medio, y como complemento de nuestra burbuja, los movimientos sociales resistentes y, con ellos, el pensamiento crítico están pasando por malos momentos.

Alguien aducirá, como contraprestación, que disponemos del movimiento libertario más importante del mundo, y ello tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Es verdad. Bastará al respecto con recoger los comentarios de muchos colegas de fuera, sorprendidos ante la fuerza, bien que relativa, del

anarcosindicalismo, ante la actividad de muchos grupos de afinidad, ante la tupida red de ateneos y centros sociales autogestionados, ante el volumen ingente de publicaciones —qué formidable es el nexo del mundo libertario con la cultura escrita— o ante el crecimiento, por lento que sea, de los espacios de autonomía que se reivindican en este texto. Y, pese a ello, y sin negar el relieve de todos esos activos, a muchos nos parece que las respuestas son insuficientes y, a menudo, poco convincentes, que los sectarismos y las divisiones atávicas perviven, que lo hacen también viejas heridas que no acaban de cicatrizar y que con frecuencia nuestras organizaciones, anquilosadas, se antojan pesados aparatos que es difícil poner en marcha.

En semejante escenario no somos pocos —creo— los que pensamos que ha llegado el momento de apostar por la creación de una nueva organización libertaria. Y de hacerlo por razones viejas —la injusticia hiriente, la represión, el colapso que se avecina— y nuevas —el escenario derivado del hechizo que suscitan elecciones y partidos—. Hablo de una organización orgullosamente horizontal, sin dirigentes ni liberados, confederal, abierta, no sectaria y capaz de utilizar inteligentemente los elementos simbólicos que permiten apuntalar un sentimiento de comunidad de proyecto y de lucha. De una organización que recuerde que estamos aquí y que no somos, como algunos piensan, una escueta y prescindible minoría. De una organización que trabaje, al mismo tiempo, por el fortalecimiento de una alternativa que esté dispuesta cuando, en el transcurso de los próximos años, se desvanezcan —es con certeza lo que va a suceder— muchas ilusiones.

La organización que defiendo —conviene aclararlo— no debe ir dirigida contra nadie o, mejor dicho, debe ir dirigida en exclusiva contra el sistema y sus imposiciones. En tal sentido, tendrá por fuerza que contestar lo que acarrean la seudodemocracia liberal, el Estado —tanto en su dimensión represora como en la aparentemente protectora— y el capital. Por añadidura, y en un escenario marcado por un manifiesto rebrote de la lucha de clases, habrá de situar en primer plano a los integrantes de las generaciones futuras y a los de las demás especies que nos acompañan en el planeta, a las mujeres y a muchos de los habitantes de los países del Sur, de la mano de un proyecto

marcado por la contestación del crecimiento, de la sociedad patriarcal y del militarismo. Ni los sindicatos, ni los grupos de afinidad, ni los ateneos, ni los espacios autónomos habrán de temer nada de la organización de la que hablo: antes bien, lo suyo es que, de ir las cosas como deben, se beneficien de su asentamiento y de su progresión.

A mi entender, uno de los cometidos mayores de esa organización, que se encuentra en activo proceso de gestación, habrá de ser atraer a los libertarios dispersos, esto es, a las gentes a las que me referí en su momento cuando hablé de quienes, ideológicamente no connotados, practican en su vida cotidiana la autogestión, la democracia directa y el apoyo mutuo. Muchos de ellos se encuentran, como acabo de sugerirlo, dispersos o han hallado afortunado acomodo en lo queda del movimiento del 15 de mayo. Pero esa organización deberá contar también, entre sus objetivos mayores, con el de ayudar a la coordinación de los diferentes espacios autogestionados, peleando por acrecentar, en paralelo, la dimensión de confrontación con el sistema que debe corresponder a éstos.

Creo que en esas tareas debe desempeñar un papel principal lo que varias veces he retratado de la mano del sustantivo desmercantilización. Entiendo que este término no es sino una manera de darle una vuelta a un concepto de honda y afortunada raigambre en el mundo libertario: el del apoyo mutuo. Hora es de recordar que el viejo Kropotkin demostró empíricamente cómo son muy numerosos y consistentes los ejemplos de sociedades animales que han salido adelante a través de la cooperación y de la solidaridad. Nada habremos avanzado si, frente a la miseria de la competitividad, de la productividad y del enriquecimiento privado, no somos capaces de oponer un mundo nuevo sobre la base de valores diferentes de los que se nos imponen. Ésa habrá de ser una de nuestras mayores señas de identidad.

Capítulo 13

La propaganda por el hecho. Contra el realismo miserable

Me interesa formular, a manera de conclusión, dos observaciones finales. La primera de ellas tiene como punto de partida una crítica que el mundo libertario ha recibido a menudo y que no está desprovista de fundamento. Me refiero a aquella que señala que los libertarios son muy sagaces a la hora de identificar las miserias del sistema que padecemos, pero no lo son tanto, en cambio, cuando llega el momento de demostrar su habilidad en la tarea de perfilar, en los hechos, alternativas plausibles.

Me parece que la crítica en cuestión plantea un problema real. En un momento determinado de este texto he anotado, con un punto de ironía, cómo esas dos formidables maquinarias burocráticas que son los sindicatos mayoritarios españoles no han tenido a bien apostar en momento alguno por proyectos autogestionarios que merezcan tal nombre. Buen momento es éste para preguntarnos, sin embargo, si el mundo libertario ha estado, en este terreno, a la altura de las circunstancias. Aunque sus capacidades han resultado ser, claro, mucho menores, me temo que tampoco en lo que a ese mundo se refiere podemos lanzar cohetes en lo que respecta a la presencia y a la hondura de las prácticas autogestionarias. O, lo que es lo mismo, me temo que en el propio mundo libertario, entendido en un sentido amplio, está casi todo por hacer, y ello por mucho que sea cierto que en los últimos años, y ante todo al calor del impulso proporcionado por el 15-M, las cosas han ido a mejor.

Hay un concepto, el de propaganda por el hecho, que emplearon con profusión nuestros abuelos y bisabuelos anarquistas y anarcosindicalistas. Cierto es que, con el paso del tiempo, fue cayendo en un relativo desuso, tal vez porque algunos de los significados que se le atribuyeron en su momento eran un tanto abstrusos. ¿Qué interpreto yo que nos querían decir de la mano de ese concepto? Lo que estaban subrayando es que bien está, sí, que organicemos conferencias y debates, que publiquemos revistas, que editemos libros y que convoquemos manifestaciones y concentraciones. Pero todo lo anterior no tendrá demasiado sentido, o quedará manifiestamente corto, si no somos capaces de poner en

práctica, en la vida cotidiana de ciudades y pueblos, las ideas que llevamos dentro de la cabeza. Esa propaganda por el hecho será, en términos de expansión de tales ideas, infinitamente más eficiente que todo lo demás. Tendrá, por añadidura, la virtud de demostrar que es posible hacer las cosas de manera diferente, lejos de las reglas de la jerarquía, de las separaciones y del beneficio privado, y cerca de la perspectiva del apoyo mutuo y de la solidaridad.

Cierto es, para decirlo todo, que algunos de esos abuelos y bisabuelos anarquistas y anarcosindicalistas que acabo de mencionar acaso fruncirían el ceño ante la propuesta de configuración de espacios autónomos que he formulado unas páginas atrás. Fácil es entender el sentido de fondo de su recelo: en nuestra época —dirían— nos entregábamos directamente a la tarea de expropiar el capital. Muchas veces he señalado que, entre nosotros, uno de los momentos simbólica y materialmente más interesantes de la historia del primer tercio del siglo XX se produjo cuando, en un pequeño pueblo de Aragón, los anarquistas locales —o quienes fueran, que poco importa— procedían a instaurar el comunismo libertario. ¿Qué era lo primero que, a menudo, hacían? La respuesta es sencilla: quemar el registro de la propiedad. No había aquí ni trampa ni cartón, y sí una decisión que no tenía marcha atrás. Salta a la vista que nuestras posibilidades, y nuestros horizontes mentales, hoy, están muy lejos de lo que acabo de retratar, de tal suerte que tenemos que contentarnos con proyectos que, cabe esperar, vayan mejorando paulatinamente nuestras posibilidades de intervención en la realidad, aun a sabiendas de que a duras penas den satisfacción de los que cabe entender que son nuestros objetivos mayores.

Las cosas como fueren, y sin sucumbir a una nostalgia que puede ser incapacitante, bueno será que rindamos homenaje a los abuelos y bisabuelos mencionados, que claramente se levantaron por encima de su tiempo. Baste aquí con aportar una nueva recomendación de lectura: la del libro de Chris Ealham que lleva por título La lucha por Barcelona, un espléndido retrato de la Barcelona anarquista y anarcosindicalista del primer tercio del XX. En ese libro aparece puntillosamente retratada la condición de algo que no cabe entender que eran, sin más, espacios autónomos: me refiero a barrios enteros en los cuales las fuerzas del desorden no se

atrevían a entrar. Como aparecen retratadas, también, formas de movilización y de acción que creemos haber inventado hace un par de días. Ahí están, para demostrarlo, los escraches que se hacían valer en las puertas de los domicilios de quienes se entregaban a la tarea de la usura a la hora de imponer alquileres onerosísimos a los trabajadores. Mucho tenemos que aprender.

Vaya, con todo, la segunda de mis conclusiones, que como inmediatamente se verá es mucho más breve que la anterior. Desde hace un tiempo me encuentro inmerso en una lucha sin cuartel contra los proyectos realistas. Cuando alguien invoca la realidad con el propósito de señalar que tal o cual proyecto o anhelo es impracticable me veo obligado a recordar que la miseria que hoy arrastramos es consecuencia fundamental de la primacía absoluta alcanzada por un interesado, y sesgado, realismo. ¿Qué es, al fin y al cabo, la transición española sino el producto de un lamentable realismo materializado en dos grandes partidos que, en el gobierno, han hecho en sustancia lo mismo, dos cúpulas sindicales que en esencia no se oponen a nada y una plétora de medios de incomunicación que repiten monocordes las mismas monsergas? Creo que Georges Bernanos, el novelista católico francés, dio en el clavo cuando, mucho tiempo atrás, y de la mano de un argumento tan sonoro como políticamente incorrecto, afirmó que “el realismo es la buena conciencia de los hijos de puta”. Invocan —entiéndase bien— la realidad como si ésta viniese inexorablemente dada por la naturaleza y fuese, de resultas, inalterable, cuando con toda evidencia es la realidad que ellos mismos han forjado en descarado y obsceno provecho de sus intereses. En semejantes condiciones, estamos obligados a ser confortablemente no realistas.

Bibliografía

En esta bibliografía, además de algunos de los trabajos mencionados en esta obra, se recogen textos que sirven de introducción a la historia de los movimientos libertarios más próximos o que ilustran la condición actual de muchos de los debates por éstos protagonizados; no se incluyen, en cambio, obras de los clásicos del pensamiento anarquista, profusamente editados.

Aisa, Ferran (2006): La cultura anarquista a Catalunya, Edicions 1984, Barcelona.

Amery, Carl (2002): Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor, Turner, Madrid.

Ardillo, José (2014): Ensayos sobre la libertad en un planeta frágil, El Salmón, s. l.

Avrich, Paul (1988): Anarchist Portraits, Princeton University, Princeton.

Baillargeon, Normand (2008): L'ordre moins le pouvoir. Histoire et actualité de l'anarchisme, Agone, Marsella.

Berkman, Alexander (2009): El ABC del comunismo libertario, La Malatesta/Tierra de Fuego/Anarres, Madrid/La Laguna/Buenos Aires.

Bonnano, Alfredo M. (2013): El anarquismo entre la teoría y la práctica, Bardo, s. l.

Bookchin, Murray (1976): El anarquismo en la sociedad de consumo, Kairós, Barcelona.

— (1999): La ecología de la libertad, Nossa y Jara, Móstoles.

— (2009): Las políticas de la ecología social: municipalismo libertario, Virus, Barcelona.

— (2012): Anarquismo social o anarquismo personal, Virus, Barcelona.

Carretero, José Luis (2014): La autogestión viva, Queimada, Madrid.

Chomsky, Noam (2005): Sobre el anarquismo, Laetoli, Pamplona.

Christie, Stuart (2010): ¡Nosotros los anarquistas!, Universitat de València, Valencia.

Clastres, Pierre (2010): La sociedad contra el Estado, Virus, Barcelona.

Colombo, Eduardo (2014): El espacio político de la anarquía, Klinamen/Grupo Libertario Acción Directa, Madrid.

Cuevas, Francisco José (2014): Anarquismo y educación, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid.

Degen, Hans Jürgen y Knoblauch, Jochen (dirs.) (2009): Anarchismus 2.0. Bestandsaufnahmen. Perspektiven, Schmetterling, Stuttgart.

Déri, Thomas y Dupuis-Déri, Francis (2014): L'anarchie expliquée à mon père, Lux, Montreal.

Diez, Xavier (2010): Venjança de classe,Virus, Barcelona.

— (2013): L'anarquisme, fet diferencial català, Virus, Barcelona.

Ealham, Chris (2005): La lucha por Barcelona, Alianza, Madrid.

Ferrer, Christian (comp.) (2006): El lenguaje libertario, Terramar/

Anarres, La Plata/Buenos Aires.

Fotopoulos, Takis (1997): Towards an Inclusive Democracy, Cassell, Londres.

Fremeaux, Isabelle y Jordan, John (2012): Les sentiers de l'utopie, La Découverte, París.

García Olivo, Pedro (2014): Dulce Leviatán. Críticos, víctimas y antagonistas del Estado del Bienestar, Bardo, s. l.

Gelderloos, Peter (2014): La anarquía funciona, La Neurosis o Las Barricadas, Madrid.

Gerber, Vicent y Romero, Floréal (2014): Murray Bookchin. Pour une écologie sociale et radicale, Le passager clandestin, Neuvy-en-Champagne.

Gordon, Uri (2014): Anarchy Alive! Políticas antiautoritarias de la práctica a la teoría, La Malatesta/Tierra de Fuego, Madrid/La Laguna.

Graeber, David (2013): The Democracy Project, Allen Lane, Londres.

Graham, Robert (dir.) (2005-2012): A Documentary History of Libertarian Ideas (tres tomos), Black Rose, Montreal/Nueva York/Londres.

Guérin, Daniel (2012): L'anarchisme, Folio, París.

— (2014): Ni Dios ni amo, Madre Tierra, Madrid.

Guillon, Claude (2015): Comment peut-on être anarchiste?, Libertalia, París.

Holloway, John (2003): Cambiar el mundo sin tomar el poder, El Viejo Topo, Barcelona.

Horowitz, Irving Louis (dir.) (1975): Los anarquistas (dos tomos), Alianza, Madrid.

Ibáñez, Tomás (2007): Actualidad del anarquismo, Terramar/ Anarres, La Plata/Buenos Aires.

— (2014): Anarquismo es movimiento, Virus, Barcelona.

Joker, Michael (2013): Historia de España (2014-2033): Crónica de un colapso, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Jourdain, Édouard (2013): L'anarchisme, La Découverte, París.

Kinna, Ruth y Evren, Süreyyya (dirs.) (2013): Blasting the canon, Punctum, Nueva York.

Lanza, Luciano (dir.) (2013): L'anarchismo oggi. Un pensiero necessario, Mimesis, Milán/Udine.

Lehning, Arthur (1978): Conversaciones con Bakunin, Anagrama, Barcelona.

Leval, Gaston (1977): Colectividades libertarias en España, Aguilera, Madrid.

López Sánchez, Pere (2014): Rastros de rostros en un prado rojo (y negro). Virus, Barcelona.

Marin, Dolors (2010): Anarquistas, Ariel, Barcelona.

— (2014): Anarquismo. Una introducción, Ariel, Barcelona.

Marshall, Peter (2008): Demanding the Impossible. A History of Anarchism, Harper Perennial, Londres.

Milstein, Cindy (2013): Der Anarchismus und seine Ideale, Unrast, Münster.

Mintz, Frank (2009): Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria, Terramar, Buenos Aires.

— (2013): Histoire de la mouvance anarchiste (1789-2012), Noir & Rouge, París.

Pelletier, Philippe (2013): Anarchisme, vent debout! Idées reçues

sur le mouvement libertaire, Le Cavalier Bleu, París.

Pérez Collado, Antonio (2014): Votar o decidir. Guía rápida para electores remisos, L'Eixam, Valencia.

Pezzica, Lorenzo (2013): Anarchiche. Donne ribelli del Novecento, ShaKe, Milán.

Prado, Antonio (2011): Escritoras anarcofeministas en La Revista Blanca (1989-1936), Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid.

Price, Wayne (2012): La abolición del Estado. Perspectivas anarquistas y marxistas, Anarres/Tupac, Buenos Aires.

Purkis, Jonathan y Bowen, James (dirs.) (2004): Changing Anarchism: Anarchist Theory and Practice in the Global Age, Manchester University, Mánchester.

Rodrigo, Félix (2010): La democracia y el triunfo del Estado, Manuscritos, Morata de Tajuña.

Rodríguez, Manuel (2015): Dejadnos aprender. Reflexiones desde la pedagogía libertaria, Volapük, Guadalajara.

Roselló, Josep Maria (dir.) (2008): ¡Viva la naturaleza! Escritos libertarios contra la civilización, el progreso y la ciencia, Virus, Barcelona.

Rousselle, Duanes y Evren, Süreyyya (dirs.) (2011): Post-anarchism. A Reader, Pluto, Nueva York.

Sandoval, Hugo Marcelo (2013): Prácticas libertarias y movimientos anticapitalistas, Grietas, s. l.

Saña, Heleno (2010): La revolución libertaria, Laetoli, Pamplona.

Shannon, Dery y otros (2015): Economía anarquista. Una visión global, La Neurosis o Las Barricadas, Madrid.

Souchy, Augustin (1977): Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española, Fontamara, Barcelona.

Sousa, M. Ricardo (2011): Os caminhos da anarquia, Letra Livre, Lisboa.

Tarín, Adrián (dir.) (2015): Miradas libertarias, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Vaccaro, Salvo (dir.) (2014): Agire altrimenti. Anarchismo e movimenti radicali nel XXI secolo, Elèuthera, Milán.

Volin (1977): La revolución desconocida (dos tomos), Campo Abierto, Madrid.

VV AA (2007): Anarquisme i alliberament nacional, Catarco/La Ciutat Invisible/Col.lectiu Negres Tempestes/Virus, Barcelona.

— (2010): Anarquismo básico, FAL/CNT, Madrid.

— (2012): Construire l'autonomie. Se réapproprier le travail, le commerce, la ruralité, L´Echappée, Montreuil.

— (2012): Quiet Rumours. An Anarcha-feminist Reader, AK, Edimburgo/Oakland/Baltimore.

— (2015): La apuesta directa, Enclave de Libros, Madrid.

Ward, Colin (2011): Autonomy, Solidarity, Possibility. The Colin Ward Reader, AK, Oakland.

— (2013): Anarquía en acción, Enclave de Libros, Madrid.

Ward, Colin y Goodway, David (2014): Talking Anarchy, Five Leaves, Oakland.

Wilson, Matthew (2014): Rules without Rulers, Zero, Winchester.

Zerzan, John (2002): Running on Emptiness. The Pathology of Civilization, Feral House, Los Ángeles.

— (dir.) (2005): Against Civilization, Feral House, Los Ángeles, 2005.

— (2008): Twilight of the Machines, Feral House, Port Townsend.

Zibechi, Raúl (2014): Descolonizar la rebeldía, Baladre/Zambra, Carcaixent/Málaga.